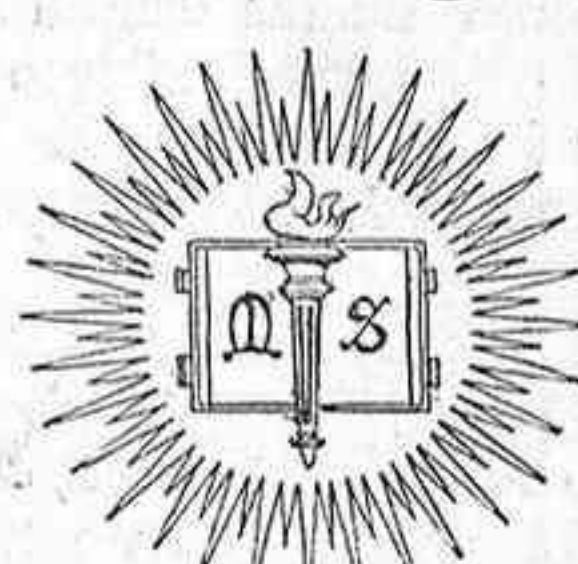


La Ilustración Artística



Año XXIII

← BARCELONA 14 DE MARZO DE 1904 →

Núm. 1.159

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIUDA, busto modelado por Adolfo Wildt

ADVERTENCIA

Está encuadrándose y próximamente lo repartiremos á los señores Suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Ensenat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Una existencia*, por Noguera Oller. — *El poema del año*. Marzo, por Alfonso Pérez Nieva. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Problema de afidez.* — *La novela de un viudo*, novela de S. Farina, con ilustraciones de B. Gili y Roig (continuación). — *Los grandes maestros de la música.* Mozart, por A. M.

Grabados.— *Viuda*, busto modelado por Adolfo Wildt. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *Una existencia.* — *Estudio. La sobriñita*, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo. — *Marzo*, dibujo de Giacomelli. — *Lección de baile*, cuadro de Eduardo León Garrido. — *En el jardín de Armida*, cuadro de Juan Collier. — *Guerra ruso-japonesa. La concentración de los rusos en el Yalu. Marineros rusos embarcando torpedos. Patrulla de cosacos en persecución de un bandido manchú. Patrulla de cosacos procediendo al arresto de dos japoneses sospechosos disfrazados. Nun-Ung-Nyol, ministro de la Guerra coreano. Chin-Pom-Pi, embajador de Corea en San Petersburgo. El marqués Ito, presidente del Consejo Privado del Japón. Una patrulla nocturna en el ferrocarril transmanchuriano.* — *Cinco retratos de Mozart. Mozart moribundo*, escultura de Carnielo.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Honduras: gobierno del general Bonilla; el Mensaje de 1.º de enero de 1904; reclamaciones de acreedores extranjeros; trabajos agrícolas; la Deuda interior; persecuciones ó procesos por causa política. — **Panamá:** el presidente y sus primeros actos. — **Colombia:** designación de nuevo presidente; propósitos de reforma constitucional. — **Uruguay:** la guerra civil y el estado económico y financiero del país; las obras del puerto de Montevideo. — **República Argentina:** desarrollo de la producción y del comercio. — **Chile:** situación política interior; las crisis ministeriales.

En Honduras, el general Bonilla, después de haber conquistado el poder por la fuerza de las armas, hizo que el Congreso nacional declarase la nulidad de todos los actos de la Asamblea reunida entre el 13 de febrero y el 21 de marzo de 1903. Posteriormente, por decreto de 28 de octubre, mandó crear una Junta para el examen de las cuentas que llevaron los empleados del orden civil y militar electos por aquella Asamblea y, en general, de las de todos los que por algún concepto manejaron fondos públicos desde el 31 de enero al 13 de abril. Entretanto, funcionaban los tribunales de justicia para aplicar severamente la ley á los que la hubieran infringido durante el período de la guerra civil.

No es, pues, el actual presidente de Honduras de los caudillos vencedores que transigen ó perdonan, y por consiguiente, los vencidos ó humillados por él mantienen vivo su resentimiento, se agitan y conspiran, y ya los periódicos oficiosos ó semioficiales de Tegucigalpa anunciaban á fin de noviembre que era preciso tomar medidas enérgicas para asegurar la tranquilidad pública amenazada.

El 8 de diciembre se alteró el orden en Santa Bárbara; hubo vivas al Dr. Arias y mueras al general Bonilla, y se cruzaron disparos de arma de fuego entre los revoltosos y la policía. En el motín murió el diputado D. Pedro A. Trejo, enemigo declarado del presidente.

El gobierno manteníase firme y dispuesto á reprimir con dureza toda tentativa revolucionaria, y en el Mensaje que el 1.º de enero de 1904, en la solemne instalación del Soberano Congreso Nacional, leyó el Sr. Bonilla, pudo éste declarar que el país disfrutaba de tranquilidad interna y de paz exterior, que la acción administrativa ha entrado en período normal y que el gobierno se consagra á los trabajos de reorganización que exigen los acontecimientos pasados.

Entre otros asuntos, se alude en el Mensaje á la reclamación que los tenedores de bonos del ferrocarril interoceánico hicieron á la nación por medio de su apoderado Mr. Blain. El gobierno se ocupa en el

esclarecimiento de esta delicada cuestión, y al efecto ha nombrado un agente que reside en Londres, á quien se dieron las instrucciones convenientes á fin de acumular todos los datos que deben tomarse en cuenta para la mejor solución.

Hay otra reclamación del «Honduras Syndicate,» que no cumplió varias de las estipulaciones expresadas en el contrato de arrendamiento del ferrocarril de Puerto Cortés á La Pimienta. Rescindido aquél, el gobierno se encargó de explotar por sí mismo dicho ferrocarril.

Los trabajos agrícolas de la Costa Norte cobran de día en día mayor importancia. Ese territorio puede llegar á ser, en no lejano tiempo, el emporio de la riqueza de Honduras. Naturales y extranjeros se consagran con ardor á diversas empresas, contando con la fecundidad de los elementos que en aquellos lugares les ofrece la naturaleza y con las favorables circunstancias que allí concurren para facilitar la explotación.

La fuerte deuda contraída para los gastos de la última guerra civil está ya casi del todo satisfecha y sigue amortizándose la deuda pública interna. Por acuerdo gubernativo del 3 de diciembre se está procediendo al estudio detenido y minucioso de todas las cuentas que constituyen dicha deuda interior, que consisten, en su mayor parte, en sueldos atrasados de las administraciones pasadas, en el importe de pérdidas sufridas durante las guerras civiles, reconocidas por los gobiernos, en montepíos no pagados, en los billetes del Tesoro y algunos otros valores cuyo monto no se conoce aún y que representan el trabajo del empleado y el sudor del labriego que vió perderse con sus ganados ó sus siembras el esfuerzo de largo tiempo. Se calcula que estas deudas importan unos tres millones de pesos.

Afirmaba el general Bonilla en el Mensaje que no había un solo ciudadano en prisión ó extrañado del suelo de la patria por causas políticas, y declaraba su firme propósito de procurar la conciliación de todos los hondureños. Sin embargo, la afirmación del presidente no está muy de acuerdo con la realidad de los hechos. En la sesión del Congreso de 23 de enero se leyó un voto particular del diputado D. P. Bonilla que disienta de sus colegas de la Comisión encargada de formular el proyecto de contestación al Mensaje, y en ese voto se pedía una amnistía para los delitos que, aunque caen bajo la acción de los tribunales comunes, están relacionados directamente con la política ó tienen su origen en ella. «Esa amnistía—decíase en el documento á que me refiero—permitirá vivir tranquilamente en su país á millares de hondureños que hoy están privados de la libertad ó se hallan lejos de sus hogares por tales motivos, y dará lugar á la extinción de los rencores que creó la última lucha electoral y agravó la guerra civil.»

El presidente de la nueva República de Panamá es D. Manuel Amador. Ya ha constituido gabinete, con cuatro ministros. No hay ministro de la Guerra, porque no hay ejército; la fuerza armada se reducirá á un cuerpo de policía, con cien hombres. Y no hay ejército, porque no es necesario, pues á propuesta del mismo Sr. Amador la Asamblea constituyente aprobó un artículo de la Constitución facultando al gobierno de Washington para intervenir siempre que fuere preciso restablecer el orden. El ejército de Panamá será, pues, el ejército yanqui.

Según plantilla hecha por el presidente, el total de funcionarios de la administración panameña no pasa de 80. Esto ha motivado vivas protestas, porque los aspirantes á destinos públicos son muchos más. Pero hay que economizar, pues desde el 3 de noviembre, ó sea desde el día de la independencia, se han gastado ya 3.500.000 francos, y los ingresos no llegan á la mitad de esta suma.

El 2 de febrero, en reunión del Colegio electoral en Bogotá, fué designado para la presidencia de Colombia el general D. Rafael Reyes.

Con motivo de la secesión de Panamá y de amagos separatistas que se notaron en el departamento del Cauca, habíase iniciado la idea de modificar el régimen constitucional de la República, volviendo al sistema federativo. La prensa y los políticos discuten con gran interés este asunto. Quieren unos que se restablezcan los «Estados Unidos de Colombia,» limítanse otros á pedir una gran descentralización administrativa, y no faltan defensores de la actual Constitución.

El Consejo municipal y los periódicos de Cartagena creen inútil y aun peligrosa la reforma. «Hablamos de reformas constitucionales, decía *El Porvenir*, como remedio contra los gérmenes de la disolución nacional, sin comprender que esas reformas son inútiles, porque el defecto no está en la Constitución,

sino en los encargados de velar por ella. Colombia ha tenido muchas constituciones, y á cada cambio ha habido una revolución, lo que prueba que no es la Constitución lo que debe reformarse.»

Continúa la guerra civil en el Uruguay, y ahora parece que son los blancos los que llevan la peor parte.

Si la contienda no cesa pronto, ya por nuevo pacto, ya por imposición de un partido sobre el otro, habrá de paralizarse, con grave daño general, el movimiento progresivo que venía señalándose en el estado económico y financiero del país. En 1903 hubo buena cosecha de trigos, muchas ventas de ganado y mucho dinero disponible para industrias. Los gastos de la brevísima guerra sostenida en marzo se habían cubierto con los recursos ordinarios, y no fué preciso apelar al millón de pesos del empréstito votado para atender á dichos gastos. Con esa cantidad se proponía el gobierno dar gran impulso á las obras públicas.

Mal y despacio van las del puerto de Montevideo. Se construyen escolleras que se hunden, se reparan y vuelven á hundirse. Culpase de ello al ingeniero director. Es asunto este que puede ocasionar alguna contrariedad á la República, porque el ex presidente Cuestas, al hacer el contrato, consintió en que las diferencias que surgieran entre el gobierno uruguayo y la empresa concesionaria se decidiesen, no por los tribunales nacionales, sino por árbitros extranjeros.

Prosigue en la República Argentina el desarrollo de la producción agrícola y de la ganadería, y consistentemente el del comercio de exportación. En 1902 se exportó por valor de 179 millones de pesos oro; en los nueve primeros meses de 1903 el valor de este comercio fué de 176 millones, y agregando el tanto por ciento proporcional para los doce meses, resultan 234 millones. Casi toda la exportación consiste en productos de la agricultura y de la ganadería.

La exportación de trigo ha tomado proporciones considerables. En el quinquenio 1895-99 se ha exportado diez mil veces más trigo que en el de 1870-74.

La importación ha aumentado también; pero mucho menos. En 1903 hay unos cien millones de pesos oro á favor de la exportación. Es, pues, enorme el desequilibrio de la balanza comercial.

El comercio sufre ahora grandes quebrantos, ocasionados por una persistente huelga de los trabajadores dedicados al servicio marítimo y al acarreo de mercancías.

La situación política interior de Chile es poco satisfactoria. Los ministerios de coalición formados por consecuencia del pacto de noviembre de 1902 duran días, y toda la labor parlamentaria y administrativa está desorganizada.

Sin temor ya de guerra con la Argentina, pareció que había llegado la ocasión de restablecer el crédito, de normalizar la Hacienda y de fomentar los intereses materiales. La inestabilidad ministerial y el parlamentarismo, éste causa de aquélla, lo impiden. En las sesiones del Congreso, unos á otros se suceden los debates estériles que sólo interesan á la personalidad de tal ó cual diputado ó á tal ó cual partido, grupo ó fracción.

Piérdese el tiempo lastimosamente en discutir actas y crisis, y en el abandono quedan todos esos proyectos de ley cuya importancia tanto encarecen los mensajes presidenciales y los programas de cada gobierno, y cuya aprobación se considera necesaria para nivelar los presupuestos, para establecer plan de economías y de orden en los gastos, para activar las obras públicas y la colonización.

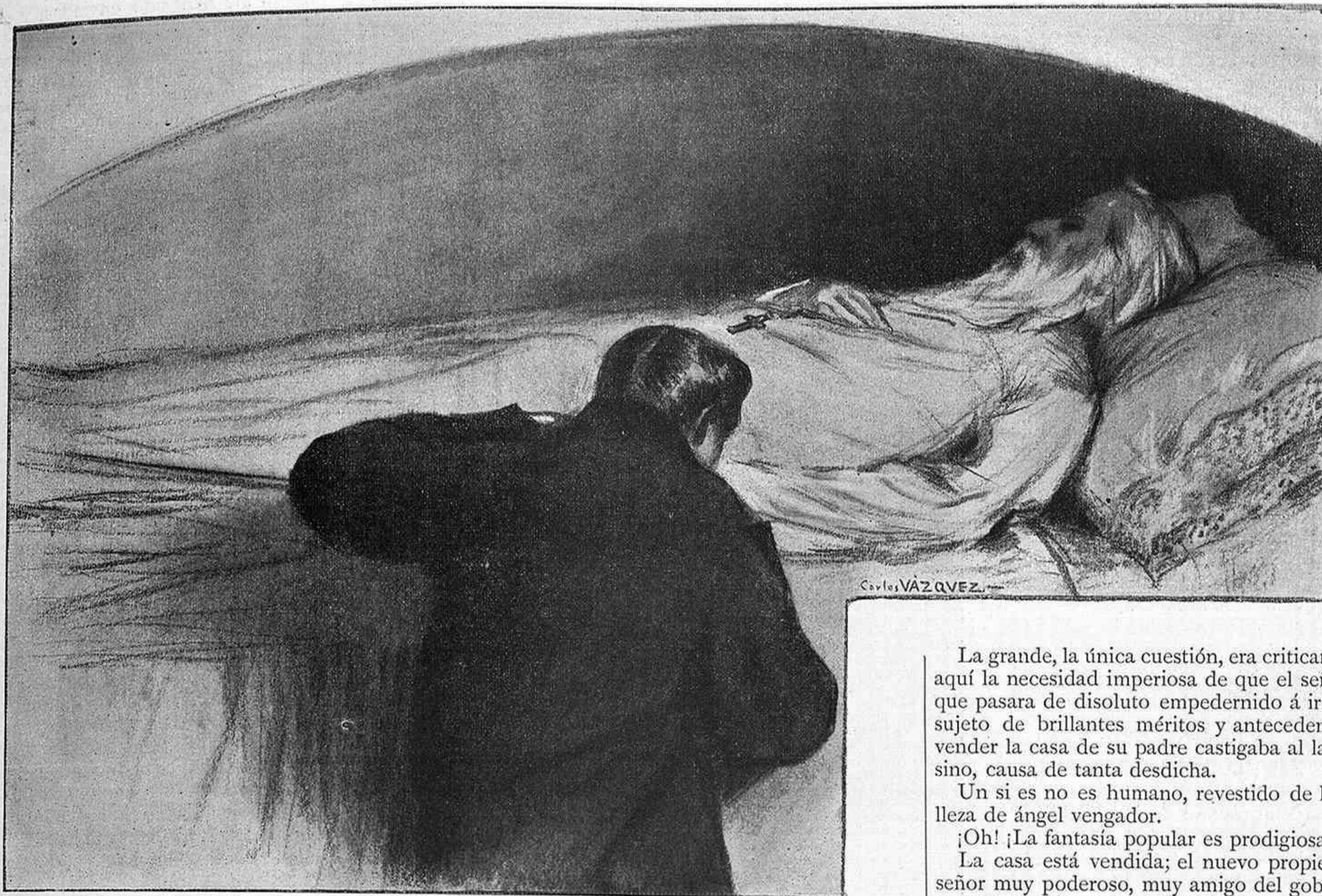
Una simple cuestión de actas desavenía en el Congreso á los partidos coligados, y esa desavenencia provocaba una crisis. Así cayó el 31 de octubre el ministerio que trabajosamente había organizado don Arturo Besa el 22.

A los últimos días del año correspondió otra de las crisis ministeriales. Los liberales demócratas se habían negado á seguir en el gobierno, y en los intentos para constituir otro fracasaron Besa, el senador Latorre, D. Ventura Blanco y D. Miguel Crucho. Por fin, el 11 de enero de 1904, logró formarlo D. Rafael Errazúriz; en él había dos conservadores, dos liberales demócratas y dos liberales moderados.

De vez en cuando, por caso excepcional, salía algo bueno del Congreso; por ejemplo, la aprobación, en noviembre, de los pactos entre Chile y la Argentina sobre comunicaciones telegráficas y sobre ejercicio de profesiones, parte del vasto programa de confraternidad que ahora están realizando ambas Repúblicas.

La situación financiera no ha empeorado, gracias á la venta de los acorazados y al empréstito de 1.500.000 libras esterlinas que se contrató en junio último con la casa Rothschild.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Carlos VÁZQUEZ.

Y dominado por una fuerza invencible, dobló una rodilla y besó aquella mano...

Una existencia, por Noguerras Oller

—Es inútil; no quiere marcharse...
 El Sr. Ferri, procurador de fincas muy acreditado, verdadero lince en la materia, lo daba por perdido.
 D. Lorenzo estaba irritadísimo. Quería transformar la casa en suntuoso palacio para vivir á su gusto en él: las obras estaban principiadas, todos los pisos desalquilados y aquel intruso de viejo no cedía en su loca pretensión.
 Justamente el trozo que habitaba era un gran estorbo para la construcción de la soberbia escalera.
 —Esto ya pasa el límite de lo extravagante, decía. ¡Este hombre debe aguardar que le eche de mi casa como á los perros!.. ¡Canario, y cosa es esta que aún no ha sabido usted hacer!.. Me extraña, en verdad que me extraña.
 Irritóse el amor propio de Ferri, que contestó acentuando las palabras:
 —Es que ni usted ni nadie de este mundo puede echar á ese hombre...
 D. Lorenzo, montado en sus nervios, recorría la sala. Paróse en seco, y mirando á su procurador igual que si descubriera la culpa de todo, vociferó:
 —¿Cómo? ¿Quizá en mi casa no puedo hacer lo que me da la gana?..
 —Claro que sí; pero por esta misma, única y omnimoda razón, el viejo Blas está en su derecho... No abandona el cuarto; sencillamente porque está en su casa.
 Y así era, mal que pesara á D. Lorenzo.
 Se debatió el asunto en los tribunales y resultó que Blas Espic era dueño absoluto de parte de su finca por extraña ocurrencia del primer poseedor.
 El caso, pues, no era únicamente extraño; tenía todo el aspecto de incomprendible.
 ¿Quién tiene el seso lo bastante loco para formar un amo dentro de su propiedad?
 Lógico sería que D. Miguel Argente, al morir, hubiera legado no una respetable cantidad á su fiel Espic, sino toda una fortuna, si tan largamente quería compensar sus servicios; pero de ningún modo se explicaba que en vida le elevara al rango de propietario de una parte del mismo piso que habitaba.
 Debía de estar muy seguro y agradecido de su criado para realizar tamaña donación.
 ¿Qué clase de servicios había prestado Blas á tan generoso amo? Grandes debían ser cuando éste le elevó á su propia altura. Lo que es altamente peli-

groso, pues transformar á un criado en amo equivale á veces á crear un amo para el amo.
 ¿Qué filosofía tenía de la vida? ¿Fue un excéntrico ó bien un hombre de rara y delicadísima conciencia?
 Hay más aún. Bueno es razonar que D. Miguel Argente, ya que hizo tanto por su criado, legara al mismo cierta suma para que transcurrieran de un modo decente los años que le quedarán de existencia.
 Si fué así, ¿cómo se explica que Blas Espic, desde la muerte de su amo, llevara una vida de privación, por no decir de miseria? Envejecía notablemente, su carne cobraba un tinte amarillento, sus ojos languidecían en un brillo fatal, y aquel Blas tan complaciente y aseado se volvía astroso y meditabundo.
 Era la comidilla del barrio. Las mujeres curioseaban día y noche, y no seré ciertamente quien las critique desde el momento, apreciables lectores, que al ocuparme de Blas Espic armo también mi corrillo.
 Acontecía, pues, que la existencia del viejo en cuestión era la política de ilustres porteras y fregonas; la idea en auge que se debatía en esquinas y portales y principalmente en los ultramarinos de Pascualín, pequeña tienda atiborrada de comestibles que hacía las veces de mercado y de Congreso.
 Había entre las diversas, dos opiniones que se disputaban las más insignes habladoras.
 La que triunfaba era la creencia de que Blas era muy rico, poseedor de una fortuna colosal, de leyenda casi, y que á medida que aparecían canas y más canas en su lengua barba, el hombre en cuestión se volvía avaro, avaro, pero muy avaro.
 La otra opinión, completamente opuesta, era más audaz aún.
 Aseguraban sus defensoras—había que ver cómo defendían su tesis aquellas charlatanas—que el tal Espic era el causante de la muerte de su señor. El muy ruin, una vez había conseguido el premio, trocó sus papeles y le mató á disgustos.
 ¿Faltaban pruebas? Pruebas había, y una de ellas, de gran fuerza sin duda, era el caso de que el hijo, el virtuoso hijo del difunto Argente, abandonara y pusiera en venta la casa.
 Poco importaba que, antes de la muerte, aquellas mismas mujeres las cargaran contra el señorito, que no había por donde cogerlo de libertino y vicioso que era.
 Lo olvidaban todo, como también olvidaban que la casa había sido vendida por deudas á los tres años de la citada muerte de su padre.

La grande, la única cuestión, era criticar á Espic; de aquí la necesidad imperiosa de que el señorito Enrique pasara de disoluto empedernido á irreprochable sujeto de brillantes méritos y antecedentes, que al vender la casa de su padre castigaba al ladrón y asesino, causa de tanta desdicha.

Un si es no es humano, revestido de la grave belleza de ángel vengador.

¡Oh! ¡La fantasía popular es prodigiosa!..

La casa está vendida; el nuevo propietario es un señor muy poderoso, muy amigo del gobierno y que no está para bromas. «¡Ya veréis, ya veréis cómo las va á pagar ese tunante Espic!..»

He tomado por héroe de mi narración á un pobre y odiado viejo que se va del mundo.

En poco tiempo ha enflaquecido mucho. De su cabeza, en nítida blancor, cae su pelo por las sienes, por las mejillas y la barba, como avalancha de nieve que se precipitase sobre su corazón...

Mas su alma es joven y enérgica, y lucha, lucha todavía por sus derechos con una tenacidad admirable.

Le han intimado á la rendición: ¡y nada!

Se le ha ofrecido dinero; más, mucho más, tres veces más, pues la soberbia, la monumental escalera no puede llevarse á cabo, y sin ella, ¿cómo van á ultimarse las obras?

¿Se instalará D. Lorenzo en el fastuoso palacio mientras exista un intruso en él?

¡Oh, aquella existencia tan debilitada y enferma, tan poquita cosa, era invencible, fuerte como el muro de un castillo que alguien soñaba asaltar!..

Parecía como si el alma de su primer propietario morara aún en la casa y en el único cuerpo vivo que amaba y contemplaba las viejas paredes que había visto alzar, piedra sobre piedra...

Y ante la firme negativa de aquel hombre misterioso, la rabia de la impotencia fué feroz.

Levantaron una pared enorme ante la ventana más pequeña, taparon las otras y la habitación quedó sumida en fúnebre y eterna tiniebla. Era la más húmeda, triste é infecta covacha que yo he podido imaginar: un largo y estrecho corredor, lo peormente construido, daba acceso á la calle.

Así encerrado, pudriéndose en aquella cárcel voluntaria, ¿qué aguardaba Espic?

Falto de recursos para cuidar de su persona, ¿cómo no aceptaba cualquiera de las proposiciones de Ferri bajo todo punto ventajosas?

Se trataba de un loco ó bien existía un misterio que le retenía allí.

La tenacidad de aquel hombre muy pronto cobró el carácter de heroicidad.

Todas las opiniones se fundieron en una sola y Blas Espic llegó á ser el santo del barrio.

Y una vez cambiada la moda, D. Lorenzo fué carne de todos los odios, sus supuestas relaciones con el gobierno causa de burla, y suprimióse el ángel vengador.

El señorito Enrique era un canalla y atroz calavera que á los tres años de la muerte de su padre vendió la casa para mantener el tren de cierta cortesana célebre, causa de la muerte de su esposa y perdición de su hijo.

Enrique, realmente, una vez liquidada la herencia, había semi-desaparecido, marchándose al extranjero

con su hijo, el tierno y desventurado Luis, niño de dos años, y con la perversa aunque hermosa Henriette.

Pero con todo esto nada se ponía en claro.

Espic continuaba muriéndose de hambre, envuelto en el misterio más original, estando en sus manos vivir holgadamente.

¿Por qué no hablaba Espic?

El héroe se debe al público y debe hacer siempre lo que al público entusiasma.

En la calle, un día preguntaba un joven por la casa de D. Miguel Argente.

—D. Miguel Argente hace mucho que murió, le contestaron varias mujeres á la vez. En la actualidad pertenece indebidamente á D. Lorenzo Zoiro y á Blas Espic, que es el verdadero propietario, pues hace lo que quiere de la casa. Si necesitáis datos del antiguo poseedor ó de su hijo Enrique, venid y os presentaremos á Blas, que sabe toda la historia.

Una luz miserable se difundía en las húmedas tinieblas.

El anciano estaba enfermo, se sentía morir. La luz languidecía sobre su rostro, sobre las blancas ropas de la cama, de manera que costaba adivinar dónde acababa la barba y dónde principiaban las sábanas.

Nadie se interesaba por él en la cabecera del lecho, y era tan triste y solemne su inmovilidad, que el joven desconocido le tomó por la idea de la muerte esculpida en mármol para una tumba.

Pero los ojos de Espic vigilaban y no tardó en proferir un grito. Se incorporó tendiéndole los brazos.

—¡Luis!.. ¡Ah!.. ¿Eres tú?.. ¡Al fin puedo morir contento!.. Ven, acércate más... Más aún, quiero verte... ¡He de besarte!.. ¿Te acuerdas, de cuando niño, que te besaba un hombre alto y fuerte, haciéndote cosquillas con su barba, que era negra aún? Era yo; yo que te enseñé á andar y á querer al sol... Yo que te he aguardado en la sombra, pudriéndome en la humedad de las últimas ruinas de la casa de tu abuelo... ¡Mírame bien, contéplame agonizante y lleno de alegría!..

Abrázame y estrecharás entre tus brazos jóvenes la idea de veneración hacia tu abuelo, idea que en vez de morir en mí como temía, germinará en tu corazón para que florezca en tus hijos...

Abatido, dejó caer su venerable cabeza en la almohada.

—Y tu padre, ¿qué se ha hecho de tu padre?

—¿Mi padre?, yo no he tenido padre, contestóle Luis amargamente. El que me dió la existencia, aquel pobre degenerado que me llevó al mundo para no cuidarse de mí, se suicidó en París hace diez años. Estaba arruinado y enfermo. Henriette, que aún tenía precio en el mercado, le abandonó y esto motivó sin duda el suicidio... Yo entonces nada comprendí de cuanto ocurría... A más, tenía siete años y nada llegaba al interior del colegio en el que yo estaba á



Estudio, por S. Sánchez Barbudo

pensión. He pasado hambre, mucha hambre. Solo, sin familia, en la inmensa, estrepitosa ciudad... ¡Sin ni siquiera el bendito recuerdo de una madre que me animara sonriéndome en las tinieblas de mis noches horribles!.. Un frío atroz, espantable, ha sacudido mi alma... Y vengo, vengo cansado en busca de un poco de calor, de un hogar en mi patria, por miserable que sea... Pero no queda nadie de mi familia, y á no ser vos, ni hubiera tenido el consuelo de besar estas paredes venerables...

Espic lloraba, lloraba y reía. Aquella escena, esperada á través de tantos años y sufrimientos, era demasiado intensa para su enfermo corazón.

—¡Así, así te creía!.. He agotado todos mis recursos para saber dónde te hallabas: las listas de censo municipal de todos los países algo importantes del

mundo me han sido enviadas, y el nombre de tu padre...

—Es que mi padre, completamente perdido, huyendo de las cárceles de todos los países, renegó á menudo de su sangre y de sus nombres, pues el blasón de mi padre tenía muchos nombres y cada uno de ellos era un timbre de inobleza...

Suspiró profundamente y miró al anciano. Blas Espic tenía los ojos fijos y anegados.

En la pared del fondo, un busto en yeso se llenaba de claridad y de sombra.

La triste llama de la vela temblaba como una lágrima.

—Murióse á tiempo, balbuceó el anciano con piedad. ¡Qué hijo tu padre y qué padre tu abuelo!.. «Tengo puesta en ti mi confianza—me dijo mucho antes de morir.—Te doy parte de mi casa para que seas el fiel guardador de mi memoria y de mi busto. Enrique no me ama, lo sé. Cuando yo muera, sólo se acordará de mis riquezas; poco le importará poseer el retrato de su padre, y en esto encontrará su castigo. He dividido mi fortuna en tres partes. La primera es para el hijo, sin condiciones, pues un padre debe de hacer bien á sus hijos por ingratos que sean. La segunda para el hijo también, si éste venera la memoria de su padre. Y la tercera para ti. Si Enrique quisiera venerar la memoria de su padre, te pediría mi busto dentro del mismo año de mi muerte, pues no ignora que es mi único retrato. Si esto acontece, si te lo pide, dáselo. Pero si transcurre este tiempo sin acordarse de él, es tuyo; ¿lo oyes?, te lo mando: es tuyo absolutamente.» Si D. Miguel, al morirse, ya hubiese sido abuelo, habría añadido: «Y si Enrique no te lo pidiera y un día Luis me besara en el rostro, dáselo en seguida...» Pero tú no estabas en el mundo entonces... y yo... yo te lo he guardado... El busto de tu abuelo atesora una nueva fortuna...

Mientras hablaba Blas Espic, su corazón latía con violencia, saltando entre las paredes de su pecho como si fuera un loco que intentara estrellarse contra las piedras de su cárcel... Dió un salto más y paróse en seco.

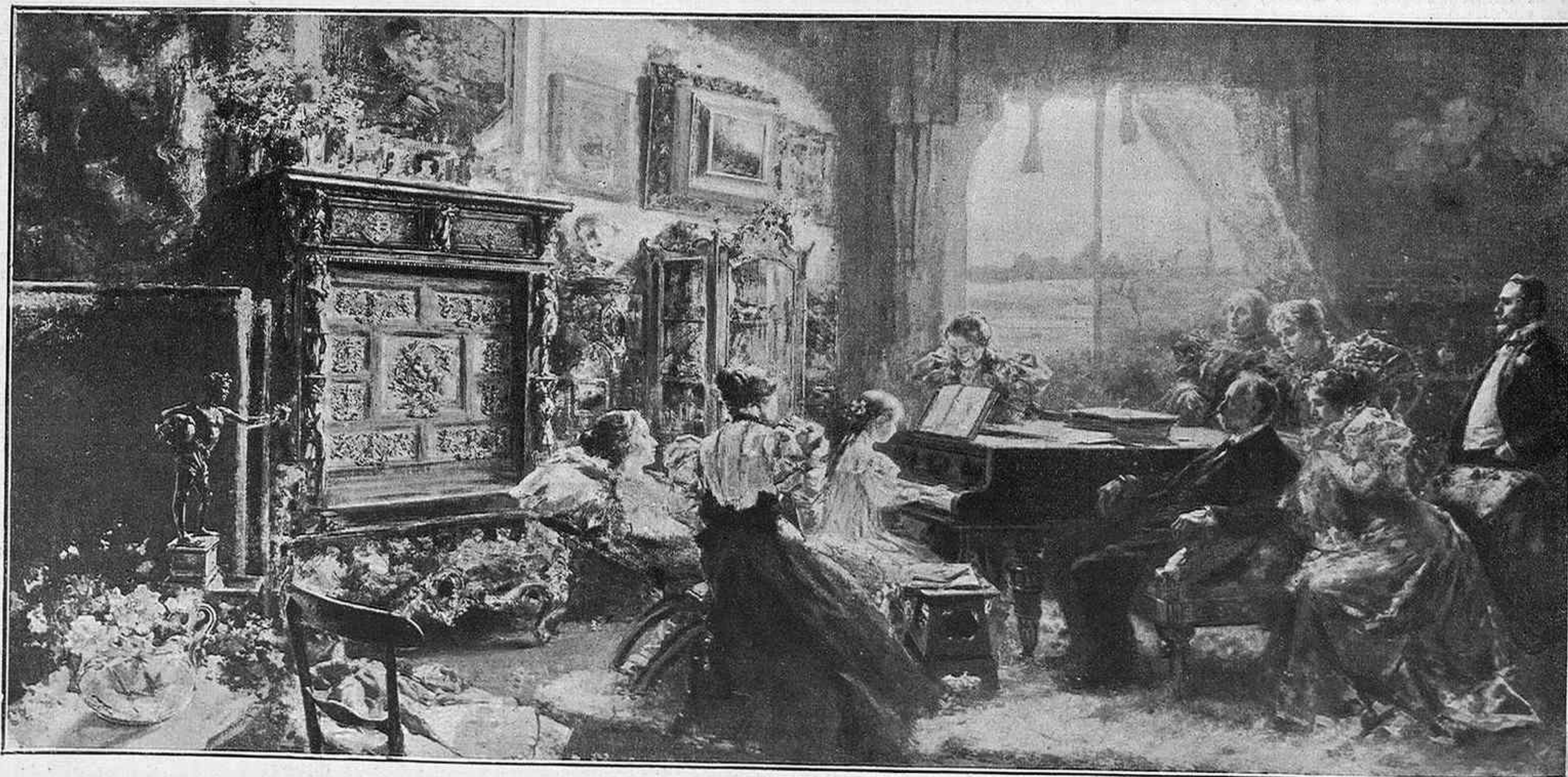
Blas Espic, inmóvil, con la mano en el pecho, resumía toda una existencia de verdadero amor.

Su carne completamente amarilla, rodeada de la blancor brillante de las ropas de la cama, parecía la cera desprendida de una mecha que se había consumido en luz de veneración entre montañas de nieve...

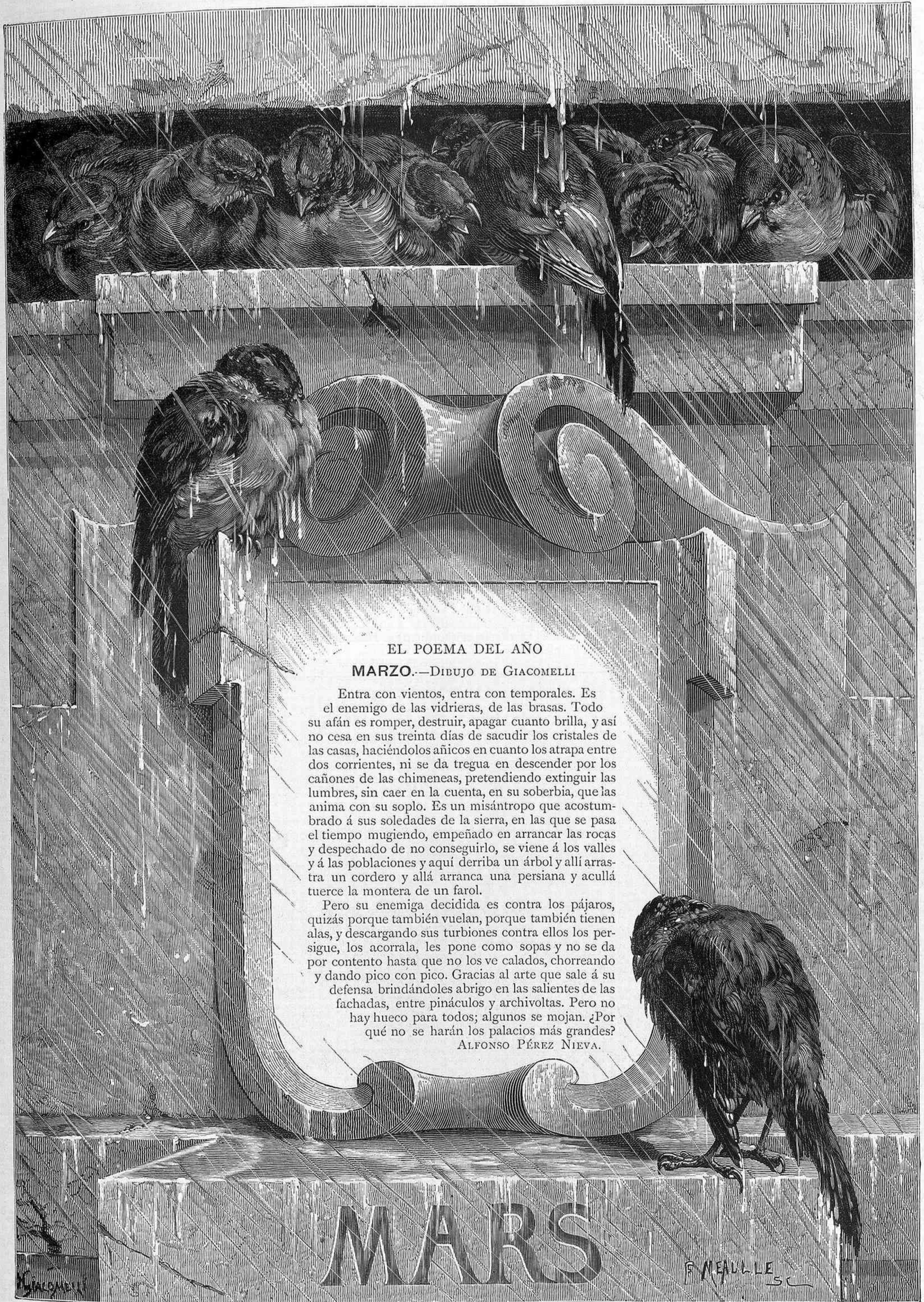
Luis fué presa del vértigo. Era demasiado extraño lo que ocurría.

Bamboleó como una hoja al paso del vendabal y se agarró para no caerse... Tumultuosas ideas invadían su cerebro... Y dominado por una fuerza invencible, dobló una rodilla y besó aquella mano amarilla, descarnada, rugosa... Aquella mano tan débil que había hecho el colosal esfuerzo de mantenerse abierta sobre su cabeza, firme como un ala de protección...

(Dibujo de Carlos Vázquez.)



La sobrineta, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



EL POEMA DEL AÑO
MARZO.—DIBUJO DE GIACOMELLI

Entra con vientos, entra con temporales. Es el enemigo de las vidrieras, de las brasas. Todo su afán es romper, destruir, apagar cuanto brilla, y así no cesa en sus treinta días de sacudir los cristales de las casas, haciéndolos añicos en cuanto los atrapa entre dos corrientes, ni se da tregua en descender por los cañones de las chimeneas, pretendiendo extinguir las lumbres, sin caer en la cuenta, en su soberbia, que las anima con su soplo. Es un misántropo que acostumbrado á sus soledades de la sierra, en las que se pasa el tiempo mugiendo, empeñado en arrancar las rocas y despedido de no conseguirlo, se viene á los valles y á las poblaciones y aquí derriba un árbol y allí arrastra un cordero y allá arranca una persiana y acullá tuerce la montera de un farol.

Pero su enemiga decidida es contra los pájaros, quizás porque también vuelan, porque también tienen alas, y descargando sus turbiones contra ellos los persigue, los acorralla, les pone como sopas y no se da por contento hasta que no los ve calados, chorreando y dando pico con pico. Gracias al arte que sale á su defensa brindándoles abrigo en las salientes de las fachadas, entre pináculos y archivoltas. Pero no hay hueco para todos; algunos se mojan. ¿Por qué no se harán los palacios más grandes?

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

MARS

F. MEALLI SC.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — LA CONCENTRACIÓN DE LOS RUSOS EN YALU. PASO DE TROPAS Y CONDUCCIÓN DE BAGAJES AL TRAVÉS DE UN TERRITORIO HOSTIL
Dibujo de G. Bigot

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La única acción de guerra ocurrida desde nuestra última crónica ha sido el ataque de la escuadra japonesa contra el puerto de Vladivostok, operación de escasa importancia y de ninguna consecuencia. El día 6, a la una y media de la tarde, cinco acorazados y dos cruceros japoneses se situaron a diez kilómetros de distancia de aquella plaza, retirándose después de cincuenta y cinco minutos de un bombardeo que no causó baja alguna en la guarnición, y si únicamente algunos ligeros desperfectos en la ciudad, pues aparte de la distancia a que se hacían los disparos, la mayoría de los proyectiles que llegaron a la costa no hicieron explosión. Los rusos no contestaron ni siquiera con un disparo a esa agresión, que habrá costado a los japoneses cerca de un millón de pesetas, y cuyo objeto no ha podido aún explicarse satisfactoriamente.

El nombramiento del general Kuropatkin para el mando supremo del ejército terrestre en el Extremo Oriente ha sido acogido en Rusia con gran entusiasmo; todo el mundo espera de él grandes cosas y el ejército tiene en él una confianza absoluta.

Un oficial que ha servido a sus órdenes y que será en esta campaña uno de sus más inmediatos colaboradores, ha dicho de él lo siguiente: «Este es el jefe que esperábamos; todos los oficiales le quieren porque es bueno y le respetan porque es un verdadero jefe. Sabe lo que quiere y lo quiere sin desfallecimientos; juzga con rapidez y se decide en seguida. Cuando da una orden, ésta es clara, concisa, sin réplica. Con él se sabe adónde se va. No es solamente enérgico, sino que lo es con tranquilidad; no es hombre de palabras inútiles, ni de precipitaciones; tiene un golpe de vista seguro y un alma fogosa, pero siempre dueña de sí misma. Es joven, vigoroso y sufrido; no hay quien inspire más

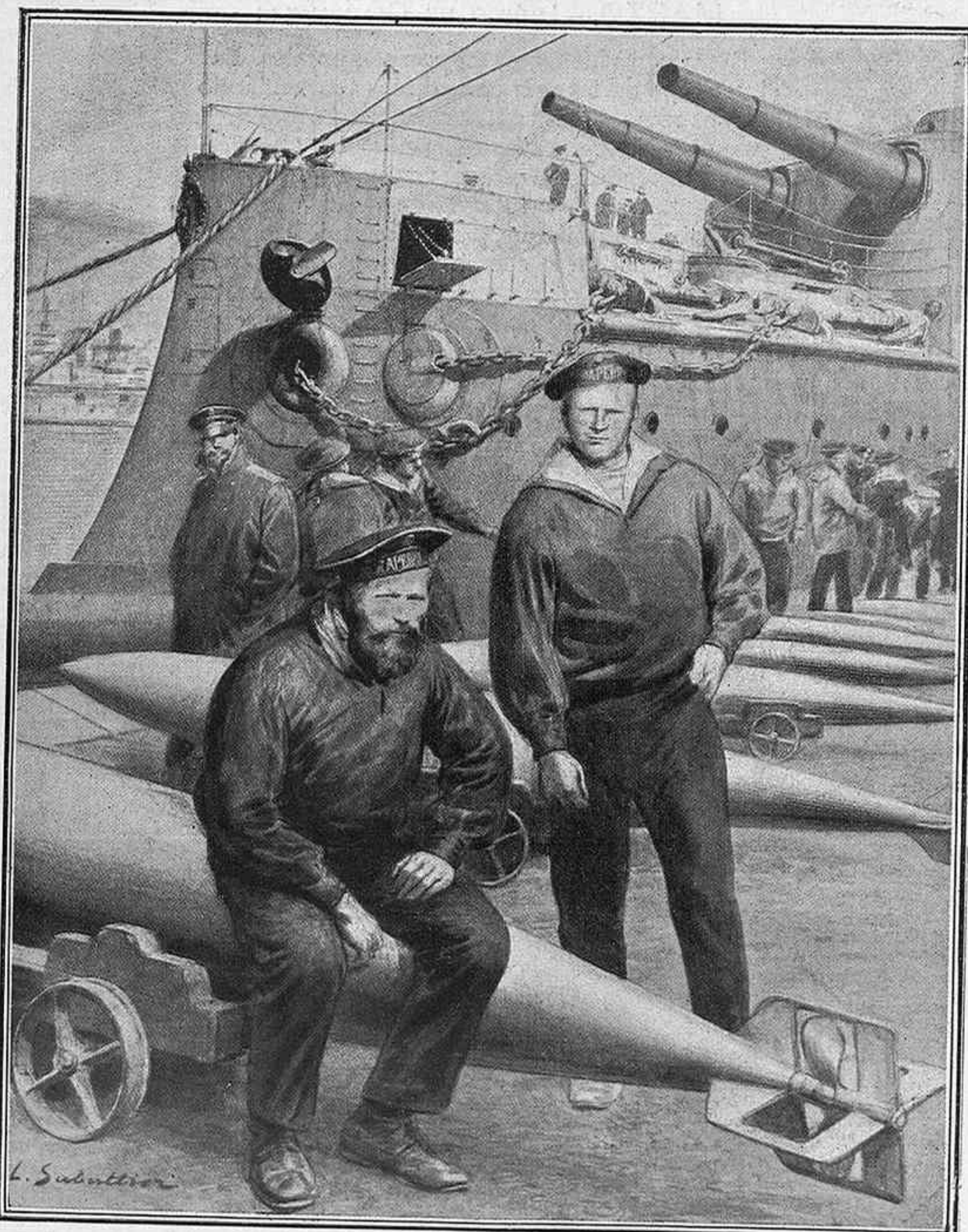
confianza que él en punto a consejo, y quien, al mismo tiempo, sea capaz de enardecer a un ejército y de obtener de él sacrificios extraordinarios. Hará de nosotros lo que quiera.»

tropas rusas y japonesas que van tomando posiciones para cuando llegue el momento decisivo de lanzarse unas contra otras.

La concentración de las fuerzas rusas en la Manchuria se verifica con la mayor regularidad. Diariamente salen de San Petersburgo trenes militares; pero el verdadero centro de este movimiento es Moscou, de donde parten todos los días las más importantes expediciones, así de soldados, como de viveres, municiones y material sanitario: en la actualidad, el número de trenes diarios es de siete. La movilización del ejército se realiza, pues, sin cesar y con toda la rapidez necesaria. En cuanto a la artillería, sólo hay que transportar la ligera de los cuerpos de ejército, ya que la gruesa está toda, desde hace tiempo, en el teatro de la guerra; y por lo que toca a la caballería, el gobierno ruso ha hecho en Siberia grandes compras de excelentes caballos que al llegar allí encontrarán dispuestos los soldados.

Una de las cosas que más preocupan a los que siguen con interés el curso de la presente lucha es cómo podrá Rusia aprovisionar un ejército de dos ó trescientos mil hombres, situado a tan enorme distancia. Si el aprovisionamiento se hace por el ferrocarril de una sola vía, ¿cómo se podrán expedir nuevas tropas cuando todos los trenes estén cargados de subsistencias? Además los japoneses son osados, y en el caso de que por una serie de golpes de mano lograsen apoderarse de una parte de la vía férrea ó destruirla, ¿cómo viviría el ejército de esta suerte incomunicado?

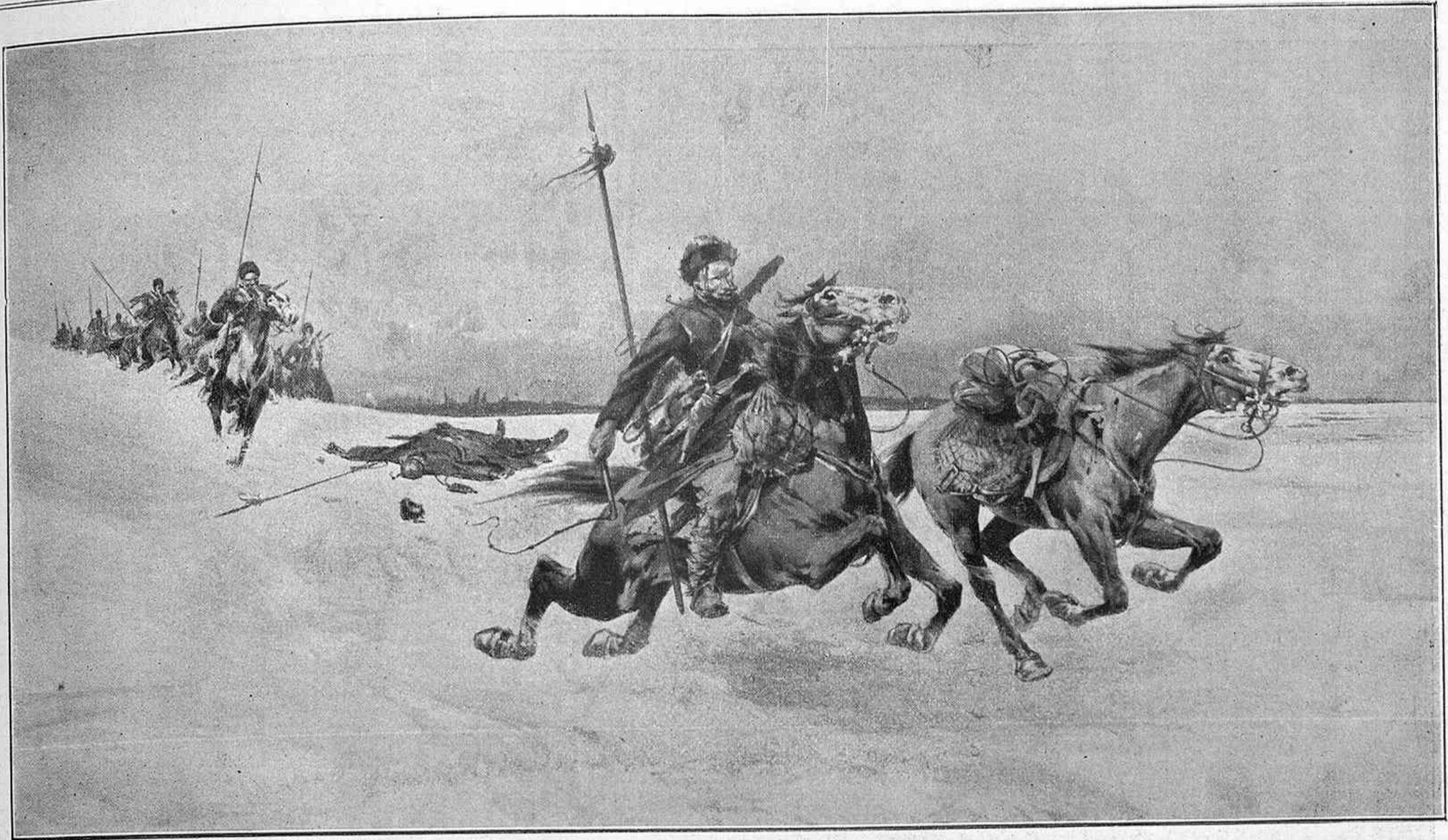
Parece, sin embargo, que ninguna de estas cuestiones preocupa al Estado mayor ruso, el cual considera imposible la interrupción del ferrocarril que va de San Petersburgo a Puerto Arthur y tiene la certeza absoluta de que no han de faltarle al ejército en campaña las necesarias provisiones. En primer lugar, existen grandes rebaños en la Manchuria; y en segundo, hay a todo lo



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Marineros rusos embarcando torpedos en el *Tzarevitch*, ocho horas antes de la ruptura de hostilidades, dibujo de L. Sabattier

Durante este compás de espera de las operaciones lo que inspira más interés son los movimientos de las

provisiones. En primer lugar, existen grandes rebaños en la Manchuria; y en segundo, hay a todo lo



GUERRA RUSO-JAPONESA. - PATRULLA DE COSACOS EN PERSECUCIÓN DE UN BANDIDO MANDCHÚ, dibujo de G. Montbard

Los japoneses han encontrado en los bandidos mandchúes unos grandes auxiliares para la destrucción del ferrocarril, que es de tan vital interés para los rusos en la presente guerra

largo de la vía férrea grandes almacenes de trigo y de latas de conservas, suficientes para mantener á un ejército, por numeroso que sea, y por tiempo indefinido. Además en todos los centros mineros de Siberia hay también almacenes inmensos en los cuales se guarda una reserva de víveres para muchos meses, á veces hasta para dos años, víveres de que en caso necesario podría echar mano la administración militar.

En cuanto á la interrupción del ferrocarril por parte de los japoneses, es tan extremada la vigilancia que sobre la vía se ejerce, que, aun suponiendo que aquéllos lograsen producir en ella algún destrozo, éste sería parcial y podría repararse fácilmente. No hace mucho intentaron algunos espías japoneses un golpe de mano, pero fueron cogidos antes de que pudieran lograr su intento y ejecutados en el acto.

Los japoneses, por su parte, prosiguen sus desembarcos en Corea, pero su concentración y su avance se hacen sumamente difíciles á causa del mal estado de los caminos, poco menos que impracticables á consecuencia del deshielo. Bien lo demuestra el hecho de que, á pesar de haber transcurrido más de un mes desde su desembarco en Chemulpo, sus avanzadas apenas han podido llegar á Pyng-Yang, que está á menos de mitad del camino del punto más próximo de la frontera mandchú-coreana.

Como es natural, los inteligentes en el arte de la guerra y aun los simplemente aficionados á estas cosas hacen cálculos acerca de las posibles contingencias de la lucha. Veamos lo que acerca de este particular se dice en los centros rusos bien informados.

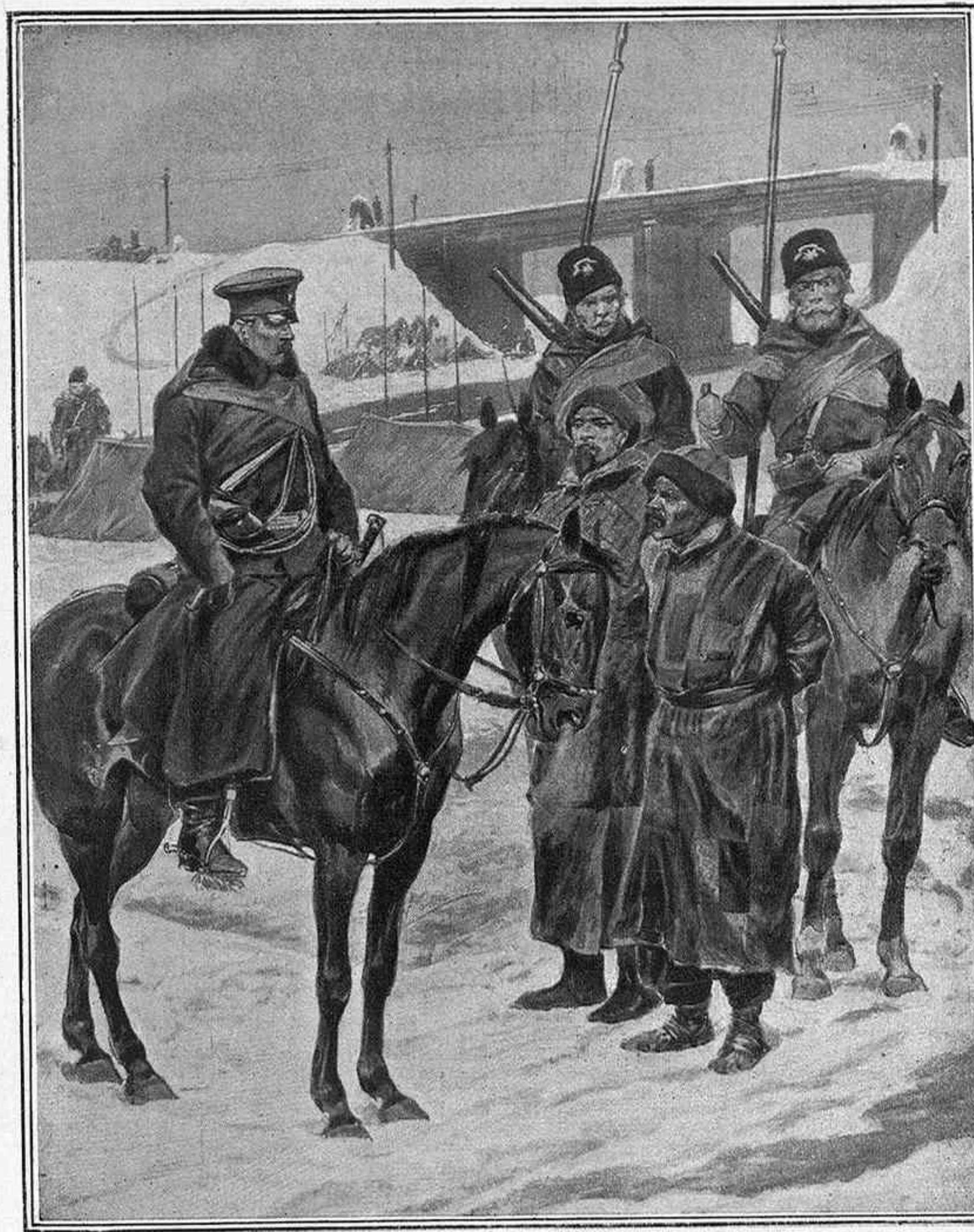
El primer contacto entre los dos ejércitos beligerantes se verificará en las inmediaciones del río Yalu, en la frontera mandchú-coreana, pero no antes de algunas semanas. El interés de los rusos está en mantenerse á la defensiva, esperar, prolongar la guerra, pues cada día que pasa es una probabilidad más en su fa-

vor. «El ejército japonés, ha dicho un importante militar de los que rodean al nuevo generalísimo, es un ejército que da el asalto y que fía su suerte en un golpe de audacia, pero al que cada tentativa fracasa-

está en la duración de nuestros esfuerzos. Podemos enviar tropas á la Mandchuria indefinidamente y estamos en condiciones de expedir allí, durante meses y sin interrupción, todos los refuerzos necesarios. ¿Pueden luchar los japoneses contra nuestra masa? Desde un principio han dado el máximo de su esfuerzo, lo cual les ha permitido obtener de momento algunas ventajas; pero cuando hayan desembarcado 200 ó 250.000 hombres, habrán agotado todo su contingente, y entonces veremos de quién es la victoria. Los japoneses son ciertamente buenos soldados, fogosos y atrevidos, pero inquietos, nerviosos; en cambio los nuestros son pacientes, resignados, resistentes á la fatiga, al frío y al hambre, inaccesibles á la desmoralización: ya veréis cómo tranquilamente cansarán y gastarán á los japoneses y de pronto darán buena cuenta de ellos.»

Veamos ahora cuáles pueden ser los proyectos de los japoneses. Siguen éstos desembarcando sus fuerzas en Corea, pero estos desembarcos se efectúan con gran lentitud, calculándose que hasta mediados de abril no tendrán en el continente sus trece divisiones. Todas las fuerzas desembarcadas se dirigen por ahora á Pyng-Yang, en donde, según parece, quieren establecer una base sólida de operaciones y una gran plaza de depósito, como han hecho los rusos con Kharbine, á cual efecto han construido en sus inmediaciones grandes obras de fortificación y han acumulado allí provisiones de toda clase. Cuando tengan reunidas fuerzas suficientes, los japoneses se dirigirán probablemente al Yalu, y una vez allí, ó se establecerán en una fuerte posición defensiva en la orilla izquierda del río, ó atravesarán éste é irán al encuentro de los rusos. Lo más verosímil es que adopten esta segunda solución, primero porque cuadra mejor á su temperamento, y segundo porque es la que responde al fin que se proponen con

la guerra, á saber: arrojar á los rusos de la Mandchuria, sin lo cual la ocupación de Corea no les reporta-



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Patrulla de cosacos procediendo al arresto de dos japoneses sospechosos disfrazados sorprendidos en las inmediaciones del ferrocarril, dibujo de R. Catón Woodville.

da debilita un poco; en cambio, nosotros somos una gran fortaleza, paciente y resistente, y nuestra fuerza

la guerra, á saber: arrojar á los rusos de la Mandchuria, sin lo cual la ocupación de Corea no les reporta-



LECCIÓN DE BAILE, cuadro de Eduardo León Garrido



EN EL JARDÍN DE ARMIDA, cuadro de Juan Collier

ría más que ventajas negativas. Ahora bien, esta solución ofrece grandes inconvenientes, ya que para tomar la línea del Yalu se requiere mucho tiempo y considerables esfuerzos; y aun después, el ejército ja-

severidad de la forma clásica. Únase á esto el gran dominio que tiene de la técnica y su conocimiento profundo de la anatomía humana, y se comprenderá el efecto que causan sus producciones, y del que puede juzgarse por el bellissimo busto que en la primera página de este número reproducimos. Adolfo Wildt na-

Hállase actualmente en el apogeo de su talento y en la plenitud de sus facultades, y ha llegado á la meta, tan codiciada por los artistas, de ver sus composiciones ensalzadas por la más exigente crítica, admiradas por el público inteligente y adquiridas por los más ricos aficionados.



NUN-UNG-NYOL, ministro de la Guerra de Corea



CHIN-POM-PI, embajador de Corea en San Petersburgo

ponés habrá de cruzar toda la Mandchuria meridional, es decir, un trayecto de 170 kilómetros casi sin caminos, para llegar á Mukden-Leao-Yang, en donde se concentra el grueso de las fuerzas rusas. Y si al llegar allí los japoneses, no se consideran los rusos suficientemente preparados, todavía podrán éstos replegarse sobre Kharbine, engrosando en la retirada sus contingentes, al paso que las fuerzas japonesas se irán debilitando á medida que efectúen su movimiento de avance.

Estas hipótesis se hallan justificadas, en cierto modo, por la actitud en que hasta ahora se mantienen respectivamente los beligerantes: los japoneses moviéndose con ímpetu como para ir al encuentro de los rusos; éstos organizándose y concentrándose tranquilamente y permaneciendo en una prudente defensiva.



EL MARQUÉS ITO, presidente del Consejo Privado del Japón

A pesar de la reserva que guardan los japoneses acerca de las pérdidas por ellos sufridas en los combates hasta ahora librados, sábase por conducto tan poco sospechoso como es el de la prensa inglesa, que han perdido un crucero y un contratorpedero y que además han resultado con graves averías otros dos cruceros.

En Rusia continúan aumentando en proporciones extraordinarias los donativos para la guerra: el conde Orloff, que actualmente se encuentra en Roma y que había dado ya un millón de rublos para la Cruz Roja, ha teleografiado recientemente á su intendente que ponga tres millones á la disposición del Comité de la escuadra. El emperador, por su parte, ha decidido costear de su peculio la reconstrucción de los buques *Varyag* y *Koreets*, perdidos en el combate de Chemulpo, el primero de los cuales costó 12 millones de rublos.—X.

NUESTROS GRABADOS

Viuda, busto modelado por Adolfo Wildt.—La característica de este escultor italiano es la maestría con que sabe fundir en sus obras el espíritu moderno con la simplicidad del arte antiguo, la expresión del elemento psicológico con la

ció en 1868 en Milán, y la modesta posición de sus padres le obligó á ganarse el sustento desde la edad de nueve años, haciendo el aprendizaje de varios oficios y entrando por fin en el taller del escultor Villa, en donde estuvo hasta los diez y seis años. El tiempo que le dejaba libre su trabajo dedicábalo al estudio, logrando hacerse con un caudal de conocimientos que más adelante habrían de impulsarle al cultivo del arte. En 1888 se asoció con un escultor de Milán, y poco después comenzó á darse á conocer como artista, habiendo desde entonces producido sin descanso multitud de obras, casi todas ellas para un mecenaz alemán que le protegió desde los comienzos de su carrera, y una de las cuales, titulada *Una mártir*, obtuvo hace algunos años la medalla de oro en la exposición de Munich.

Estudio.—La sobrinita, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo.—Varias veces nos hemos ocupado en las columnas de esta Revista de las obras de Salvador Sánchez Barbudo y de los merecimientos y estimables cualidades de este distinguido artista. A su galantería debemos hoy la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores dos de sus últimas producciones, dignas de su buen nombre, puesto que llevan en sí impreso el sello del buen gusto y de la maestría, cualidades que se observan en todas sus obras. Las raras aptitudes que posee nuestro amigo y su indiscutible habilidad manifiéstanse evidentemente en las obras á que nos referimos, puesto que el desarrollo de la composición y la riqueza de los pormenores que la completan y avaloran, revelan el dominio y la seguridad, así como la riquísima gama que se amasa en su paleta. El celebrado autor de *El salón de esgrima*, *Hamlet* y *La Puérpera*, ha adquirido sobrados timbres para obtener siempre el aplauso y la consideración á que tiene derecho.

Lección de baile, cuadro de Eduardo León Garrido.—El género que cultiva este celebrado pintor es bien conocido de nuestros lectores, puesto que son varios los cuadros suyos que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado. En todas sus obras campean la elegancia, la delicadeza, así en lo que se refiere al fondo de los asuntos, como en punto á la forma con que los reviste. Las figuras que pinta son deliciosas, sus rostros son de una belleza encantadora, graciosas sus actitudes, y de tal modo están combinadas, que la reunión de todas ellas constituye un conjunto de líneas y colores de admirable armonía. Contribuyen poderosamente á este efecto los accesorios que hay en sus lienzos, distribuidos con tanto acierto que no sólo no distraen la atención de lo esencial de la composición, sino que, por el contrario, ésta resulta con ellos redondeada.

En el jardín de Armida, cuadro de Juan Collier.—En un episodio de *La Jerusalén libertada*, de Tasso, se ha inspirado el genial pintor londinense para trazar el bellissimo cuadro que reproducimos, modernizando, por supuesto, el asunto, convirtiendo en irreprochable *gentleman* al cruzado Reinaldo, en elegantes damas de nuestros días á las seductoras hembras de la isla Fortunada, y en poético parque de cualquier castillo inglés el jardín encantado de Armida. La idea de la seducción está admirablemente expresada: el joven se resiste, vacila, como si algún deber poderoso le llamara fuera de allí. ¿Logrará romper los lazos que empiezan á estrecharle? ¿Habrán dos caballeros cristianos que, como en el inmortal poema, logren substraerle al hechizo y llevarlo á la conquista de Jerusalén?

Juan Collier, que nació en 1850, figura hoy entre los primeros artistas de Inglaterra. Desde que su amor al arte le hizo abandonar el comercio á que en su juventud se dedicara, ha cultivado todos los géneros pictóricos, historia, paisaje, retrato, pintura de género y de imaginación, y en todos ellos ha producido obras notabilísimas que figuran en los principales museos públicos y galerías particulares de su patria. Su educación artística es vasta y profunda: conoce perfectamente las pinturas extranjeras, sobre todo la alemana y la francesa, de las cuales se ha asimilado las cualidades más salientes, sin renunciar por esto nunca á los principios aprendidos en la Academia de Londres.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *La seconde Madame Tanqueray*, comedia en cuatro actos de Arturo Pinero, adaptada del inglés por Roberto d'Humieres, y *L'ami du passé*, comedia en un acto y en verso de León Sonolet; en Folies Dramatiques *Une nuit de nocés*, vaudeville en tres actos de Keroul y Barré; en el Vaudeville *Décadence*, comedia en cuatro actos de Alberto Guinon; y en el teatro Victor Hugo *Les bantins*, comedia en tres actos de Gustavo Grillet.

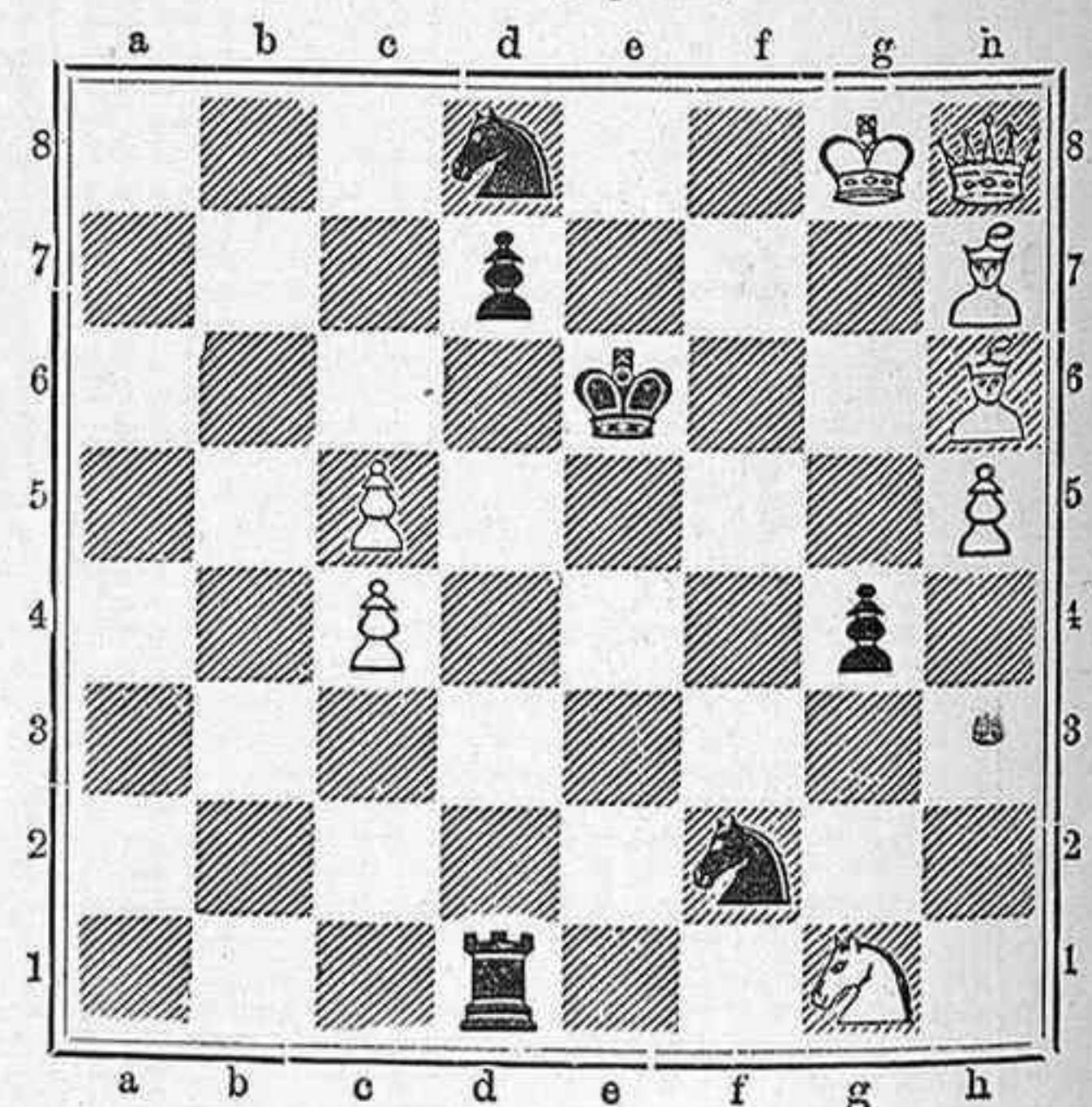
Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Els punxa-sarrias*, sainete en un acto de Santiago Rusiñol; y en el Eldorado *La reina mora*, sainete en un acto y tres cuadros de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero, música del maestro Serrano. En el Principal ha dado tres funciones la compañía del teatro Maeterlinck, habiendo puesto en escena cuatro de las principales obras del célebre dramaturgo belga, *Monna Vanna*, *Joyzelle*, *Aglavaine et Selyssette* y *L'Intruse*, en cuya ejecución sobresalieron la señora Leblanc-Maeterlinck y el actor M. Darmont. En el propio teatro ha dado otro concierto la sociedad Filarmónica con el concurso de la eminente pianista Clotilde Kleeberg, habiendo obtenido grandes aplausos tanto esta concertista como la orquesta dirigida por el maestro Crickboom. En el teatro de Novedades, la Sociedad Barcelonesa de Conciertos, que tan acertadamente dirige el maestro Goberna, ha dado el cuarto concierto clásico, en el que se ejecutaron composiciones de Mozart, Haydn, Bach, Boely, Schubert y Beethoven, que fueron muy aplaudidas.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^o Italiens, París.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 356, POR J. HANC.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 355, POR N. MAXIMOW.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. R d1-e1 | 1. Cualquiera. |
| 2. A ó D mate. | |



La familia de que debía yo formar parte en lo sucesivo se componía de cuatro personas...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

VII

Luciano levanta una punta del velo

—«Ha ya mucho tiempo que me lo vengo diciendo á mí mismo: la amistad y la simpatía tienen sus derechos y la gratitud sus deberes; yo debo á usted una confesión. Y sin embargo sé que cuando este triste secreto de mi pasado no sea mío por completo, me parecerá que ese mismo pasado tampoco me ha de pertenecer enteramente.

»Esta aprensión es la que me ha contenido hasta hoy. Antes de ahora, cuando su corazón de usted se abrió á la confianza para conmigo, conocí que contraía yo una deuda; conocí que, dando oídos al entusiasta lenguaje de su corazón, no me sería posible guardar mucho tiempo el silencio del mío. No supe, ni quise, alejarme de usted. Desde aquel día he visto muchas veces en usted un acreedor benigno que está penetrado de sus derechos, pero que no abusa de ellos y aguarda con paciencia. Jamás ha proferido usted una palabra para recordarme mi deuda; pero para mí es lo mismo que si la hubiera pronunciado; sé que debo pagar á usted.

»No le duela á usted mi lenguaje sincero; la idea incesante de mi deuda ha transformado la pena de pagar en necesidad de hacerlo; además, mi alma es cobarde y hay momentos en que pienso que mi pesadumbre llegué á hacerse superior á mi entereza y que mis fuerzas no han de bastar para soportarla. Hase dicho, y se sigue diciendo, que estoy loco, y no falta quien lo crea... Pues bien, tengo miedo, tengo miedo... He pensado en la amistad, he pensado en usted; necesito de usted, déme fuerzas, inspíreme ese ánimo que procede de una conciencia tranquila, vigorice mi valor vacilante. Lo necesito para vivir, y tengo necesidad de vivir...»

Pronunció estas palabras con voz sofocada por la angustia, echó una mirada distraída por la habitación y se recogió un momento apoyando la cabeza en las manos. Rehízose bruscamente y dió principio al relato de sus pesares.

—«En mi naturaleza, y en la de todos los hombres, hay dos fuerzas que se disputan el dominio de la voluntad, el bien y el mal. La mayoría de los hombres sabe acomodarse entre las dos, sabe retirarse aparte y pactar con ellas, y defenderse débilmente y rendirse ó resistir, sin tener para nada en cuenta la conciencia. Su vida es una serie de culpas sin remordimientos y de triunfos sin orgullo; pasan del bien al mal dando al uno y quitando al otro, sin ser nunca en demasía víctimas ni ser tampoco sobradamente héroes. Por lo común, esos hombres son felices.

»Hay otros pocos que practican el bien y perseveran en él, sin gran necesidad de luchas ni de sacrificios; sus fuerzas guardan exacta proporción con la del

choque; ni fatigas, ni desconsuelos, ni zozobras; resisten de por sí, casi sin notarlo; si llegara un momento en que la violencia del choque fuese mayor de lo acostumbrado, se doblegarían; pero como tienen sus pasiones disciplinadas, esto no sucede nunca. Para éstos la virtud es cuestión de temperamento.

«Otros, los más desdichados, venidos al mundo con el instinto generoso del bien, hallan apostados á sus pasos gran número de desapiadados agresores. Por todas partes se les tienden asechanzas, siempre hay alguna insidia preparada para ellos; necesitan luchar desde el principio hasta el fin, dar y aceptar la batalla, combatir de continuo sin tregua ni cuartel, consumidas ya las fuerzas, y devorarse el corazón en una continua fiebre de triunfo y en el pasmuso causado por el temor de una nueva lucha. Entregados á merced del mal, no tienen en torno suyo más que enemigos; su sangre, sus nervios, sus músculos, su fantasía están ligados por un solo pacto y á un solo objeto, la culpa.

»A mí me tocó esta suerte. Nacido con buenos instintos, dado por mi índole melancólica y por mi precocidad á la reflexión, desde la infancia me entregué yo mismo y entregué mi corazón á afanosos estudios. Abrí prematuramente los ojos á la contemplación de mis miserias, y comencé á pedirme cuenta de la vida á esa edad en que no se sabe otra cosa sino olvidar: por doquiera escudriñé con pueril insistencia, y en breve llegué á poner la primera piedra del encantado y fatal edificio; la ciencia de mí mismo.

»El primer paso dado me estimuló para dar el segundo y caminar suelto y libre por aquel sendero erizado de amarguras y desalientos. Guiado por la ingenua inexperiencia de los años y por el profundo sentimiento de lo bueno, fui severo y cruel para conmigo; estudié detenidamente mi corazón, analicé sus fibras una por una; donde había una debilidad vi una falta, donde advertí una propensión culpable contemplé un abismo abierto á mis pies. No me retraje: me propuse desde aquel punto corregir mi naturaleza y apercibí al efecto todas las armas que me sugería la razón. Luché vigorosamente; perseguí sin tregua los fantasmas que oscurecían mi conciencia. Esta lucha emprendida y proseguida en secreto llegó á inducirme en error con respecto á mí mismo; créime fuerte y me regocijé, cuando, por el contrario, era muy débil, y lo que hacía era reunir prematuramente todas mis fuerzas para contrastar los ímpetus de las pasiones, que estaban todavía en su infancia. Era instinto y prudencia, pero yo por un momento atribuí todo el mérito á la energía de mi voluntad.

»Pero no me hice mucho tiempo ilusiones. Más adelante, cuando llegó la hora de las grandes pruebas, la de presentar el pecho á enemigos verdaderos, pareció que de pronto me faltaban las fuerzas.

»Pero también entonces el instinto fué más poderoso que la voluntad, y combatí hasta el extremo. En esta lucha incesante, encarnizada, entre el sentimiento del bien y las seducciones del mal, pasé míseramente los mejores años de mi adolescencia. La transformación que yo había anhelado como premio de la victoria se realizó, pero en mi daño. Mi melancolía se había convertido en tristeza, mi prudencia en circunspección, mi mansedumbre en timidez invencible. Fuerte, severo, inexorable con mis pasiones, era débil como un niño delante de los hombres; habilísimo para adivinar los movimientos más secretos de mi corazón, me presentaba en el mundo, que no conocía, con encogimiento y confusión. Mi ciencia prematura era onerosa para mí; créame perspicaz, y si en efecto lo era tal vez para las indagaciones, pecaba de ilógico para las consecuencias. Mis juicios eran pronto, absolutos; lo generalizaba todo; formaba una opinión de los hombres á primera vista, y todos eran muy buenos ó muy malos: buenos los que no me mostraban los vicios que había combatido en mí mismo, malos los demás.

»Era esta una complacencia naturalísima después de tantas fatigas; pero más que complacencia era una de las muchas armas de que me valía en la lucha emprendida contra mí mismo. Mi fantasía era en esto fecunda é ingeniosa y á cada paso sugería nuevos remedios á mis males. Un ejemplo, una frase, una argucia, toda cosa encontraba en mi mente un rincón donde refugiarse, y aguzándose en ella con la reflexión, se convertía en arma.

»Pero donde mi imaginación no encontraba límites era en la elección de medios para reforzar mis propósitos. Juramentos extraños, pactos solemnes y raros, violados cada día y renovados diariamente á costa de afanes y sinsabores, todo adquiría valor á mis ojos. Para no recaer en ciertas debilidades, había discurredo, entre otros, dos remedios curiosos; había hecho un anillo de hilo que me puse en el dedo índice y llevaba como perpetuo *memento*; pero poco á poco me acostumbé á él, tanto que tuve necesidad de quitármelo para acordarme. Este era un remedio *preventivo*; pero también tenía uno *represivo*, que consistía en un espejito, al que me impuse la obligación de añadir una cruz á cada recaída. Aquel espejito adquirió en breve el aspecto de un cementerio, y mis desolaciones y mis lágrimas adquirían nuevo alimento en él.

»Todo esto era pueril y ridículo, y sin embargo es lo más y lo mejor que el hombre pueda hacer contra sí mismo. Hoy me sonrío al recordarlo; pero entonces laceraba mi corazón...
»¿De qué me valió mi precoz cordura? ¿Qué frutos maduró en mi provecho? Lo ignoro. Lo que sí sé es que me anticipé los terrores de la conciencia, los desánimos y el veneno de los remordimientos; sé el vacío que se hizo en torno mío, la soledad en que

todos me dejaron. Mis compañeros, aquellos con los que me unía la igualdad de edad, de estudios, de esperanzas, me parecían muy rezagados en la vida; ni ellos se encontraban bien conmigo, ni yo con ellos.

»Por otra parte, aquellos con los que hubiera contraído de buen grado alguna familiaridad, alegando el pretexto de tener media docena de años más, se mostraban muy serios y reservados conmigo, teniéndome ó pareciendo tenerme por un chiquillo.

»Habría podido encontrar en la familia los consuelos que en todas partes se me negaban, pero no tenía en el mundo más parientes que mi padre, hombre de carácter llano y honrado, que me quería mucho, pero cuyas ocupaciones no le dejaban tiempo para demostrármelo.

»Permanecí solo, y á la soledad debo el rumbo que tomó mi mente. Mis estudios, las observaciones que hacía sobre mí mismo, y las comparaciones y aplicaciones con que afirmaba, desarrollaba ó extendía el círculo de mis ideas, bastaron por espacio de algunos años para llenar toda mi existencia.

»A decir verdad, no era feliz, pero tampoco me aburría, y jamás me parecieron largas las veinticuatro horas del día. Pero llegó uno en que el corazón, abrasado por la fiebre continua de la lucha, sintió la necesidad de buscar reposo en un afecto, de sacar de otro corazón nuevo consuelo, nueva fuerza. Entonces, y fué la primera vez, miré en torno mío como asustado, busqué á mi lado el rostro sereno de un amigo, y me vi solo. Acaricié mentalmente la idea de una de esas amistades fuertes, sinceras, que se contraen en la infancia y duran siempre jóvenes en la vejez, una de esas amistades que desafían el egoísmo y lo doman, que engendran la mancomunidad de dos existencias, que de dos seres, de dos pensamientos, de dos corazones no hacen más que uno. Pero se me había pasado el tiempo sin advertirlo, y la ocasión huido irremediablemente.

»¡Era ya tarde! Y sin embargo, no tenía más que diez y ocho años, y mi cuerpo enjuto, largo, y mis mejillas pálidas me hacían parecer de diez y seis. Pero mi corazón era viejo, yo al menos así me lo decía, y me reconcentré en el desconsuelo de mi soledad sin pensar en poblarla con un afecto.

* *

»Hasta entonces había vivido, parte en Bovegno y parte en Brescia. En Bovegno, pueblo grande del Bresciano, donde mi padre dirigía los trabajos de una mina de hierro, vi la primera luz y allí viví hasta los doce años. No he conservado más memoria de aquellos lugares que la de las montañas que rodeaban al pueblo, altas, severas, amenazadoras, que forman extraño contraste con la amenidad de Val Trompia. Niño aún, trepaba por las alturas de las *Colombinas* para ir á ver los pozos de mina y gozar desde arriba del encantador espectáculo de la naturaleza subyacente.

»Creo que á la circunstancia de haber nacido en aquel nido tranquilo de la industria debo el respeto á la humanidad que me hizo descontentadizo de mí mismo.

»A la edad de doce años lleváronme á Brescia para estudiar; mi padre me acompañó, pero obligado por sus ocupaciones, se ausentaba muchas veces por largo tiempo, y por lo general me dejaba solo en compañía de una ama de llaves, vieja, excelente mujer, pero que no sabía hablar más que de su rosario y de los santos de su devoción.

»A los diez y ocho años acabé la segunda enseñanza, y me fué preciso ir á la universidad para estudiar matemáticas, dejar Brescia por Pavia.

»¡La universidad! Esta palabra hizo palpitar mi corazón de alegría. Para mí la universidad era todo lo cognoscible, y Pavia la ciudad santa. Llegué una noche á fines de octubre, y la impresión que me causó correspondió á mi expectación. El aspecto severo de sus calles, de sus torres antiguas, de su río, de su puente, de su castillo, de sus alamedas, se apoderó hasta tal punto de mi ánimo en favor de la vetusta ciudad, que creí haber renacido á nueva vida. ¡Aquello era para mí el país del pensamiento! Por entonces las vacaciones duraban todavía y los estudiantes estaban aún en sus casas; la ciudad desierta, silenciosa, melancólica, parecía de luto, y yo que no echaba de ver la causa, tenía doble motivo para alegrarme de mi nueva residencia. Más adelante, cuando los estudiantes acudieron de todas partes y se desparramaron por las calles llenando el aire con su ronco vocerío, cuando comenzaron las ensordecedoras algazaras de las rondas nocturnas, y vi salir de las tabernas, vacilantes, descamisados, beodos, á los que debían ser los severos sacerdotes de la ciencia, juzgué de muy distinto modo de mis nuevos compañeros y de mi nueva morada.

»Habíame quedado enteramente solo, porque mi padre no pudo estar más tiempo lejos del centro de sus negocios y hubo de regresar á Bovegno; viví de huésped un año en una casa solitaria, dividiendo el tiempo entre mis estudios y el aula. Esta asiduidad, mis hábitos de aislamiento y sobre todo mi repugnancia á concurrir á la taberna, me hicieron enojoso á mis compañeros, que me calificaron de raro y se vengaron de mi desprecio con sus burlas. Como estas burlas no me herían, los dejé hacer.

»Pero al año siguiente sentí que las fuerzas me faltaban: el verme siempre solo, en mi cuartito lleno de silencio, ó por las calles en medio de la bulliciosa muchedumbre de mis discípulos, rompió poco á poco mi firmeza. Sentí necesidad de encontrar, al regresar de noche á mi casa, las huellas de un cuidado afectuoso y un semblante risueño que me diese las buenas noches, de sentarme á la mesa en compañía de una familia tranquila, y no oír ya junto á mí los gritos de la orgía que se mofaban de mi soledad; comprendí en suma que mi apostasía de las costumbres del estudiante debía ser completa; no pudiendo, ó no queriendo ser como todos los demás, debía separarme de ellos del todo.

»Yo no tenía aún veinte años, y sin embargo ya pensaba en la alegría de ser esposo, padre: los obstáculos no me desalentaban (hacía mucho tiempo que estaba avezado á la lucha) y acariciaba formalmente la idea del matrimonio. También por este lado, los instintos, los impulsos del corazón se manifestaron al contrario de lo que debían; yo pensaba ya en los afectos domésticos, sin haber pensado todavía en el amor.

»Pero no fuí tan necio que me enfrascara ciegamente en aquella quimera. Me contenté con haber leído en mi corazón, con haber conocido la necesidad y adivinado el remedio. Conquisté la idea del matrimonio y la coloqué en mi mente, elevándola un altar al cual debía tributar en adelante un culto sereno y consagrar todas mis luchas, todas mis aspiraciones. Aquella fué para mí la meta de mis estudios, de mis fatigas, y para hacerme digno de llegar á ella, juzgué que antes debía terminar la obra comenzada de mi perfeccionamiento moral.

»Y vea usted cómo, á los veinte años, con más experiencia de la que los hombres suelen tener á esa edad, conservé la obstinación, la ingenuidad y todos los instintos de mi niñez.

»Empecé por querer volver á disfrutar de la vida doméstica, de cuyos goces más serenos había estado privado desde mi infancia á causa del fallecimiento de mi madre; de la vida doméstica, cual yo no la había conocido nunca y como mi mente la imaginaba. Mi padre, que en todo me secundaba, acogió con estupor mi determinación y consintió en ella con júbilo; la fortuna me favoreció desde las primeras pesquisas y al empezar el nuevo año académico encontré la *casa de familia* tan deseada donde hospedarme.

* *

»La familia de que debía yo formar parte en lo sucesivo se componía de cuatro personas: el Sr. Pantaleón, viejo capitán retirado, hombre muy taciturno, que no salía de su reserva por nadie y que, á despecho de sus sesenta años cumplidos, hacía mucho honor á la mesa; la señora Ersilia, su digna consorte, envidiable tesoro de bondad y buen humor, la cual tenía cincuenta años y parecía sólo de cuarenta, de lo que se mostraba orgullosa, siendo ella la que llevaba el gobierno de la casa, la que presidía y proveía á todo, la que combinaba desde la víspera la comida del día siguiente, de acuerdo con Serafina, mujer larga y enjuta, ya entrada en años, pero ágil y dispuesta, que lo hacía todo y jamás decía nada, y por último, una jovencita que á primera vista no la hubiera echado doce años, pero que tenía ya quince. La llamaban Ticia, nombre por cierto no muy bonito, pero la muchacha era una perla. Tenía los ojos negros, grandes, brillantes, el cabello rizado y negrísimo, el color de las mejillas de ese sonrosado virginal que es el reflejo de la inocencia. No poseía enteramente esa belleza estatuaria de que hablan muchos con falso entusiasmo, pero tenía el atractivo, la gracia, que hablan desde luego al corazón y más al corazón que á los ojos. Su nariz algo arremangadita, su estatura baja, su esbeltez, su vivacidad, su modo de expresarse, mezcla de doblez y de ingenuidad, substituían con ventaja á las líneas correctas del rostro. Su belleza estaba toda en la mirada y en la sonrisa, sonrisa dulce, afectuosa, donosamente impregnada de algo que quería ser malicia—inocente coquetería de aquella edad,—sonrisa que revelaba un alma. No sé si naturalmente, ó por instinto ó por complacencia, el caso es que Ticia sonreía siempre; donde ella estaba no se veía otra cosa sino su sonrisa.

»Aquella criatura de quince años era el alma de la casa. La madre, que la había tenido en edad ya madura, como un consuelo enviado por el cielo para su vejez, estaba enamorada de ella; el veterano capitán encontraba sus ternos y votos dejados juntamente con el pulgar de la mano izquierda en el campo de batalla de Novara, cuando hablaba de «su criatura,» y ¡vive Cristo!, era preciso saber cómo se había ganado aquel pimpollo, y cómo antes de ser padre había pasado sus disgustos, y cuántas balas enemigas habían encontrado el camino de su pecho y cuántos filos de sable surcado su pellejo antes que la Providencia se hubiese dignado concederle aquella cabecita rizada que debía cicatrizar todas las heridas, hacer olvidar todas las penas, compensar todo lo pasado con su sonrisa. Era preciso saber, era preciso saber... y lo cierto era que jamás se podía saber nada.

»El Sr. Pantaleón parecía entregarse un momento al entusiasmo de sus recuerdos, daba vueltas alrededor de ellos prorrumpiendo rápidamente en palabras incoherentes, y en seguida volvía á su habitual mutismo. Cien veces había empezado á referir el hecho de armas fatal á la causa de la libertad italiana y fatalísimo al pulgar de su mano izquierda; pero á la mitad del camino, después de trazar en el aire con la mano lisiada muchas curvas estratégicas, se detenía y no había modo de hacerle seguir adelante. Aquel ademán le era habitual, y sus gesticulaciones extrañas, especie de reto lanzado á un enemigo invisible, parecían más formidables y más elocuentes á causa de la falta del pulgar. Cierta que aquellas gesticulaciones tenían un gran significado, y para quien hubiese podido comprenderlas, la relación de la batalla de Novara habría pasado de ser un deseo: no sé lo que les sucedería á los demás, pero lo que es yo no entendía absolutamente nada.

»En aquella casa sencilla y modesta todo cedía á la tiranía de la pequeña Ticia, tirana inocente que no tan sólo no abusaba de su poder, sino que casi le pasaba inadvertido. Y á la verdad, ¿por qué habría de haber abusado de él? No se hacía nada sin consultar su gusto, se la quería mucho, demostrándosele demasiado con toda suerte de mimos, de caricias, de cuidados, y de aquí resultaba que sus mismos caprichos la cansaban, le eran enojosos, le molestaban; pesábase su ilimitada autoridad; poco á poco, sin notarlo, había abdicado su despótico reinado, y al paso que su voluntad hubiera podido bastar para todos, ella se sujetaba sin violencia á la de los demás. Su opinión, su gusto, su deseo eran leyes; pero su opinión, su gusto, su deseo, eran ante todo la opinión, el gusto y el deseo de los demás. De esta suerte el abuso había reprimido el abuso.

»El yugo infantil de aquella ingenua criatura no me disgustó; su rostro, todo luz, todo olvido, colorado á fuerza de correr locamente persiguiendo á las mariposas y que procuraba en vano poner grave y formal cuando de pronto la llamaban para consultarla acerca de las graves ocupaciones de la comida y de la cena, tenía impreso un conjunto tan raro de ingenuidad, de malicia y de impaciencia, que no podía menos de hacerme sonreír y de obligarme de vez en cuando á mirarlo curiosamente.

»No tanto mis miradas cuanto su expresión la causaban cierto embarazo: yo la veía agitarse, menear la cabeza y luego encogerse de hombros y echar á correr más ligera que las mariposas que le revolaban en torno.

»Aquella jovencita era para todos un amor; para mí no era más que una sonrisa, una imagen serena, alegre, que representaba en la vida una edad por la que yo no había pasado, una dulzura concedida á todos y que yo me había dado prisa en destruir desde muy niño, una flor que crece al paso de la generación blonda y rizada y que yo había arrancado de mi camino—el olvido.

»Al contemplarla, yo retejía mentalmente la tela penosa de mi vida, colocaba de otro modo los hilos, ponía en ella tramas resplandecientes de entusiasmo y de ilusiones, imaginaba deseos sin torturas y flaquezas sin remordimientos, me reconstruía á mí mismo, y me forjaba de otro modo, juntamente con la vida, el objeto de la vida.

»Aquella felicidad en flor me hacía pensar en la felicidad en germen que yo había arrojado tras de mí, y por una ilusión pueril me complacía en imaginar que Ticia me pertenecía de algún modo, que alguna parte de su presente venturoso estaba compuesta de un porvenir mío venturoso, del cual yo había apartado desdeñosamente la mirada.

»Ticia no había cumplido aún diez y seis años; yo tenía veintiuno; Ticia era á mis ojos una niña; yo, á mis ojos, un hombre de experiencia, grave, severo. La miraba con esa cariñosa condescendencia que inspira la belleza, pero nada más; no la dirigía sino alguna que otra sonrisa, á mi modo, una de esas son-

risas benignas que los hombres dejan asomar á sus labios cuando presencian los juegos de la infancia; jamás le decía una palabra; si hubiese abierto la boca delante de ella, creo que no lo habría hecho sino para darle buenos consejos.

»Ticia lo echaba de ver, pero no se apuraba; su pueril irreflexión la ponía muy por encima de una vergüenza pueril; cuando yo la miraba con esa mirada que me era peculiar, prolongada, insistente, ligeramente provocativa, se volvía hacia mí, y fijaba sus grandes ojos serenos y brillantes en los míos como para desafiarme; yo me sonreía y ella se encogía de hombros con un graciosísimo mohín.

»Se reía de mí, estaba seguro de ello, pero no me daba por ofendido. Antes que el trato me hubiese hecho intimar con la familia en cuyo seno vivía, Ticia pasaba todas las penas del mundo para contener la gran gana de reír que le causaba mi seriedad; pero cuando se familiarizó más conmigo, no disimuló ya, me motejó abiertamente, y se burló de mí con la exquisita finura con que lo hacía todo, sin traspasar jamás los límites de la urbanidad.

»Incansable ella en sus acometidas y yo pacienzudo en mi defensa, aquella contienda creó poco á poco el trato y fomentó la familiaridad. Era un vínculo extraño, pero era un vínculo. Yo le era necesario para divertirla; ella me era necesaria no sé por qué, tal vez por saber yo que la divertía. De este inextricable maridaje de sentimientos vi surgir muy luego uno más definido, más temido y más caro al mismo tiempo; mi alma, que hasta entonces había vagado entre tinieblas, acostumbrándose á la obscuridad, adivinó el amor:—yo amaba á Ticia.

»No bien conocí lo que pasaba en mi corazón, cuando el deseo me llevó más lejos y quise saber si Ticia me amaba; parecióme que no: siempre era con respecto á mí la inexperta criatura que corría tras las mariposas, y no me consideraba sino como un objeto curioso, que se contempla por pasatiempo, poniendo en la boca y en los ojos todo lo que hay en el corazón.

»En cambio yo guardaba lo mejor dentro del mío, estaba celoso y avergonzado, temía darlo á conocer y me devoraba el deseo de revelarlo; y sin querer, me parecía á un niño á quien se ha confiado un secreto que le abrasa los labios.

»Pero no había cuidado de que se me escapase; por este concepto, mi timidez era inexorable y mi filosofía de veinte años la apoyaba mostrándome el ridículo. No dije una palabra de mi amor. Sin embargo, desde aquel día los resultados de las contiendas entre Ticia y yo fueron decisivas, siempre salía ella ganando, y no porque sus burlas me hiriesen, pues antes al contrario las provocaba y me agradaban, sino porque me volví más torpe para defenderme y más temeroso de repeler la agresión por miedo de herir.

»En vez de abusar de mi debilidad, como hubiera hecho una criatura vulgar, Ticia mostró haberla notado y no querer valerse de ella, y sus aguijonazos fueron más leves y menos frecuentes. No era esto lo que yo pedía; sin embargo, se lo agradecí y me dije á mí mismo que aquella locuela que se había impuesto á mi corazón tenía un corazón, y que sólo me restaba encontrar el camino para llegar á él.»

VIII

Un capítulo bueno para los enamorados

«Si había de ser lógico con todo mi pasado, con todas las luchas soportadas para vigorizar mi corazón, con todos los disgustos sufridos para llegar á ser algo mejor de lo que era y un poco diferente de mis semejantes, no podía estar mucho tiempo titubeando sobre la elección de los medios para revelar mi llama. A decir verdad, yo no veía más que uno; hacer una confesión plena, absoluta, franca, sin vacilación ni rubor: un «te amo» sonoro, disparado á quemarropa, cara á cara, como una bomba. Ni siquiera se me ocurría que pudiera haber otros medios, ó al menos no podía imaginar alguno más sencillo ni más fácil que éste.

»No me faltaba ocasión oportuna para realizar mi designio: Ticia bajaba todas las tardes al jardín, y su madre, y su padre, y yo, todos la seguíamos. Poco antes de ponerse el sol, el miedo de resfriarse ahuyentaba al capitán y á su digna consorte, y Ticia y yo nos quedábamos solos.

»Aquella tarde me pareció que el sol tardaba más que de costumbre en marcharse al otro hemisferio, y

de vez en cuando le echaba miradas tan ceñudas que hubieran puesto en fuga á un sol menos descarado. Ticia se paseaba por las calles de árboles, se inclina-



El verderón dejó la magnolia y volvió al hombro de la linda criatura...

ba sobre esta ó la otra flor, miraba acá y allá con la superficialidad de sus pocos años, y yo la seguía con la vista.

»Por fin el sol se puso.

»El capitán fué el primero en levantarse, la señora Ersilia hizo otro tanto, y recomendando á su hija que no se dejase sorprender por el frío, subieron los dos escalones de piedra que había á la puerta de la casa.

»Las grandes determinaciones y las grandes ideas son repentinas. Mientras el extremo de la falda de la señora desaparecía detrás de la puerta del comedor, se me ocurrió una gran idea que fué seguida de una gran determinación: la idea de que aquel «te amo», seco, pretencioso, arrogante, expresión tomada á préstamo de todos los amores de comedia y de novela, no respondía claramente á la índole sencilla y sincera de mi afecto; la determinación consistía en substituir el insulso *te amo* con el modesto *te quiero*. »Ticia se había inclinado sobre un arriate y me

volvía la espalda; yo eché á andar hacia ella. Al ruido de mis pasos volvió la cabeza, y yo, al ver su cara, me detuve algo desconcertado, y no sabiendo qué hacer, me puse á examinar las campanillas de color de leche de una mata de lirios de los valles que llenaba el aire de su perfume.

»Ignoro qué significado atribuye al lirio de los valles la ciencia de los enamorados: á mí aquellas campanillas olorosas me decían que una declaración de amor no es la cosa más fácil de este mundo.

»Ticia dejó su arriate antes que yo dejase mi lirio, y apenas se alejó un tanto, sentí renacer mi valor y el deseo de estar junto á ella. La seguí y la alcancé delante de la jaula de su verderón, avecilla muy amable y muy amada. Aquella vez no menguó mi valor; me dije á mí mismo que había estado cien veces á su lado y le había hablado sin tartamudear, que sería una cosa vergonzosa no saber entonces hacer otro tanto, y me puse junto á ella.

»Tenía en la punta de la lengua mi *te quiero*; pero pensé que al soltarlo allí sin más preámbulos, como había sido mi intención, no obtendría otra respuesta sino una carcajada. Para no dejar una escapatoria á mi timidez, quise cerrarle desde luego toda salida y dije á Ticia con voz trémula que necesitaba hablarla. Miróme sin asombro y se dejó caer sonriendo en un banco de piedra; en aquel banco había sitio para dos; y yo, haciendo un esfuerzo sobrehumano, conseguí sentarme á su lado, aplaudiendo interiormente mi valor por haber sabido hacer en aquella ocasión lo que por espacio de seis meses venía haciendo todas las tardes sin tenerme por un héroe...

»Al verla junto á mí sonriente, más dócil que de costumbre, me pareció que había comprendido lo que quería decirle, lo cual era una buena razón para que yo no le dijese nada. Cuando mi silencio hubo durado un rato, eché raíces y no supe romperlo; mil veces me asaltó la tentación de decir que hacía una tarde magnífica, que el espectáculo de la naturaleza era encantador y que el día había sido muy caluroso, pero supe resistir como un valiente.

»Mi situación era insoportable; era preciso salir de ella. Ticia se me anticipó.

—¿Es todo eso lo que tenía usted que decirme, Sr. Luciano?

—»Todo eso, contesté esforzándome por sonreír.

—»Pues no es mucho.

—»No lo es en verdad, pero cuando estoy junto á usted...

—¿Qué?

»No sé lo que estuve á punto de contestar; solo sé que aquel *¿Qué?* fué pronunciado con un acento que me obligó á tragarme las palabras. ¿Era coquetería? No podré afirmarlo; pero de todos modos, en lugar de alentarme, aquella pregunta dió al traste con mis designios, y bastó la idea de que Ticia quisiera provocar ó ayudar mi confesión para que sintiese sellados mis labios como con un sello de plomo.

—»Cuando estoy junto á usted, repuse tartamudeando, no encuentro palabras que decirle.

—»Pues búsquelas usted, contestó encogiéndose ligeramente de hombros; é incorporándose á medias, alargó una mano á la jaula llamando al verderón, que acudió dulcemente á picarle los dedos.

»Al notar que no me hacía caso, le pregunté:

—¿Quiere usted mucho á su verderón?

—»Mucho.

—»Y él ¿la quiere á usted?

—»¡Ya lo creo!

—¿Está usted segura?

—»Mire usted, me dijo con una gravedad que contrastaba con su tono acostumbrado; y abriendo la jaula, llamó al verderón para que saliese de ella. El pequeño prisionero no se hizo de rogar; se posó primero en la mano de Ticia, y luego saltó á su hombro aleteando.

»La niña estaba triunfante.

—¿Qué le parece á usted?, me preguntó.

»A mí me parecía que hubiera deseado estar en las plumas de aquella avecilla; pero no lo dí á entender y no sé qué dije acerca de la *libertad* y del *hábito de la servidumbre*.

—»Ese verderón ha nacido esclavo, afirmé; nunca ha medido el espacio con las alas, ignora lo que son las hojas hospitalarias, las acariciadoras ondulaciones del aire, el rocío y los perfumes de los cálizos de las flores...

(Continuará)

Los grandes maestros de la música

MOZART (1756-1791)



MEDALLÓN DE MOZART, modelado por Artaria



MOZART, cuadro de Bellvard



MOZART, NIÑO, en el piano



RETRATO DE MOZART, pintado por Haussam

MOZART

Wolfgang Mozart nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756 á las ocho de la noche. Ninguna ciudad como esta, patria de Mozart, puede justificar mejor la teoría de Taine. Situada al pie de los Alpes, en el sitio en que empieza el gran valle del Danubio, cruzada por un río, el Salza, que parece un torrente, rodeada de montañas contra las cuales se aplasta y que escala alegremente, embellecida por alegres campanarios, barrida siempre por un viento huracanado, bañada unas veces por un sol tórrido, inundada otras por torrenciales lluvias, Salzburgo, de aspecto italiano, es verdaderamente la ciudad de aquel genio impetuoso, claro, límpido, inagotable y alegre. Salzburgo, que tuvo durante mucho tiempo en Alemania la misma reputación que la Campania y la Beocia en la época de los Gracos y de Pericles, no podía tomar mejor venganza de ello que dándonos á Mozart. Los músicos que han visitado Salzburgo han podido comprender ciertamente el lazo íntimo que une el genio de Mozart al espectáculo que sus primeras miradas contemplaron.

Era hijo de un maestro de capilla, músico inteligente y hábil, y desde la edad de tres años se encaramaba al piano, no para limpiar las teclas, sino para hacer terceras. A los cuatro, su padre le enseñaba á tocar algunas piecicillas, y á los cinco ya compuso algunas, que su padre copiaba en el papel mientras el niño dictaba. Cuéntase también que todos sus gestos iban acompañados de tarareos y que nunca pasaba de una habitación á otra, con sus juguetes debajo del brazo, sin componer para estas mudanzas una marcha de circunstancias. En fin, un día se encargó Mozart de la parte del segundo violín en un trío y la descifró sin haber aprendido cómo se tocaba aquel instrumento.

Tenía entonces seis años. Se comprende que su padre, Leopoldo, pensara en cultivar estas disposiciones y hasta se le ha acusado de haberse aprovechado de ellas, lo cual es juzgar con sobrada severidad. Leopoldo facilitó á su hijo los medios de difundir el torrente que de él se desbordaba, y si de ello obtuvo beneficio, nadie puede echarle en cara el que enseñase á su hijo á ganarse el pan, tanto más cuanto que los Mozart eran pobres. En 1762, Wolfgang comenzó su vuelta al mundo musical, que no debía terminar hasta treinta años después en el cementerio.

Mozart, acompañado de su hermana, que era una excelente clavicordista, tocó por vez primera en público en Munich, y desde allí fué á Passau, cuyo obispo le dió once francos, á Linz, á Ischl y finalmente á Viena, en donde el emperador, gran aficionado á la música, le recibió con los brazos abiertos. En aquella capital permaneció varios meses, consiguiendo grandes triunfos y no escaso provecho. En los primeros días de 1763, Leopoldo regresó á Salzburgo con sus hijos para preparar un nuevo viaje, cuyas primeras etapas habían de ser París y Londres.

en Francfort, en donde encontró por única vez en su vida á Goethe, niño también, en Maguncia, en Bruselas, en todas partes tuvo el joven prodigio una acogida entusiasta. El 18 de noviembre llegó á París, en donde una recomendación para Grimm le abrió todas las puertas. Presentado en la corte de Luis XV, éste le agasajó en extremo, y los conciertos que dió en aquella ocasión estuvieron muy concurridos. Esta primera estancia en París tiene cierta importancia, puesto que entonces fué cuando Mozart publicó sus dos primeras obras grabadas, cuatro sonatas para clavicordio.

En Londres, Mozart fué acogido por el hijo de Bach, que presintió su genio y se complació en desarrollar sus talentos, pudiendo decirse que aquella temporada que estuvo en la capital inglesa fué decisiva para la carrera de Mozart, pues además de lo que le estimulaba el favor de un hombre que llevaba el gran nombre de Bach, allí oyó por vez primera los oratorios de Haendel y vió representar óperas. Y si Haendel escapó á su sentido crítico, por lo menos halló en él medios de expresión que ignoraba. Manzoni le inició en el arte del canto. Finalmente, en Londres están fechadas sus primeras sinfonías.

La familia Mozart regresó á Salzburgo por La Haya, Amsterdam, Lilla, en donde estuvo Wolfgang varias semanas enfermo, Flandes, Picardía, París, Suiza y Munich, llegando al fin la pequeña caravana á Salzburgo, después de tres años y medio de ausencia.

Leopoldo Mozart no acariciaba más que una ilusión: visitar Italia, patria de la música en aquella época y lugar de peregrinación de todos los amantes del divino arte. Y allá fueron padre é hijo á principios de 1768.

facilitar copias, lo escribió de memoria al salir de la audición, hecho que produjo gran sensación en Roma. Su permanencia en esta ciudad fué fecundísima, no sólo para la bolsa de Leopoldo, sino además para el genio de Wolfgang, pues oyó todas las óperas y á todos los autores célebres de la época. Su educación se fortificó, aumentó su confianza, y retirado en Bolonia, escribió allí su primera ópera, *Mitridates*, que se estrenó en Milán el 26 de diciembre de 1770 con el mayor éxito. Tenía entonces Mozart quince años.

Después regresó á Salzburgo, en donde estuvo poco tiempo; volvió luego á Italia, en donde compuso é hizo representar su segunda ópera, *Lucio Silla*, y finalmente, en 15 de marzo de 1777 salió de Italia para no volver más á ella.

Transcurrieron cuatro años, que Mozart pasó en Salzburgo, en donde su entusiasmo artístico le hizo de todo punto insostenible la vida en aquella pequeña población prosaica; hasta que, perdida al fin la paciencia, se fué de allí en compañía de su madre con objeto de recorrer el mundo.

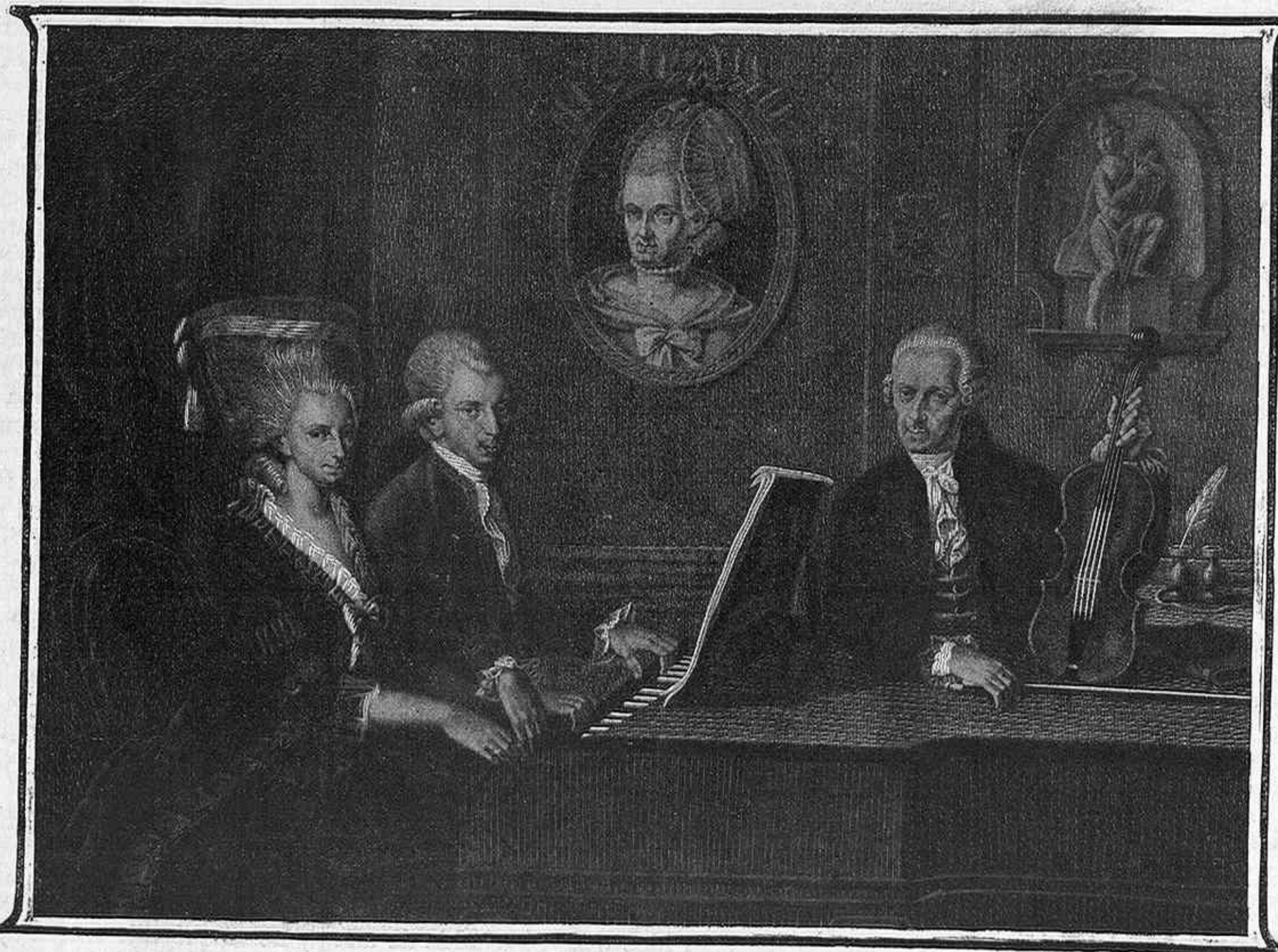
La primera etapa fué Munich, ciudad predestinada; allí Mozart formó el proyecto de fundar la ópera nacional alemana, pero á poco desistió de él por no haberlo comprendido las personas á quienes lo comunicó. No había pasado aún un siglo y otro músico realizó en la misma Munich el sueño de Mozart.

De la capital de Baviera pasó éste á Mannheim, en donde tuvo un encantador idilio con Eloísa Weber, hermana del gran compositor, y en 23 de marzo de 1778, acompañado siempre de su madre, desembarcaba por segunda vez en París.

Allí encontró á Noverre, director de baile de la Opera, y de este encuentro resultó *Les petits riens*, cuya paternidad conservó celosamente Noverre y que permaneció encerrada en los archivos del teatro hasta que Víctor Wilder los descubrió.

La estancia de Mozart en París, como la de Wagner más tarde, fué una serie de contratiempos y tribulaciones. La muerte de su madre, la dureza de Grimm, que de protector se había convertido en tirano, no tardaron en arrojar de la capital de Francia á Mozart, el cual regresó á Salzburgo descorazonado, tanto más cuanto que á su paso por Munich la coqueta Eloísa, que cantaba en el teatro de primera tiple, le trató con gran indiferencia.

La compañía de su padre y de su hermana le consoló, y poniéndose á trabajar nuevamente de firme, compuso para el teatro de Munich *Idomeneo*, que es, por decirlo así, el verdadero punto de partida de su carrera dramática. Pocos días después, Mozart, en compañía del arzobispo de Salzburgo, llegaba á Viena, en donde había de establecerse definitivamente: allí se afirmó su arte y le coronó la gloria; allí también había de sorprenderle poco después la muerte.



LA FAMILIA DE MOZART

MOZART está sentado al piano. A su derecha está su hermana; á su izquierda, su padre

Poco tiempo después, en 9 de junio de 1763, la familia Mozart, padre, madre, Mariana y Wolfgang, dirigióse á París, y en todas las ciudades del camino en donde se detuvieron, en la corte del elector de Baviera, en la del duque de Wurtemberg, en la del elector palatino,

Fácil es comprender el recibimiento que en Italia tuvo Wolfgang y aun se comprenderá mejor conociendo la siguiente anécdota. Mozart, después de haber oído en la capilla Sixtina el famoso coro *Miserere* de Allegri, del que el papa tenía prohibido

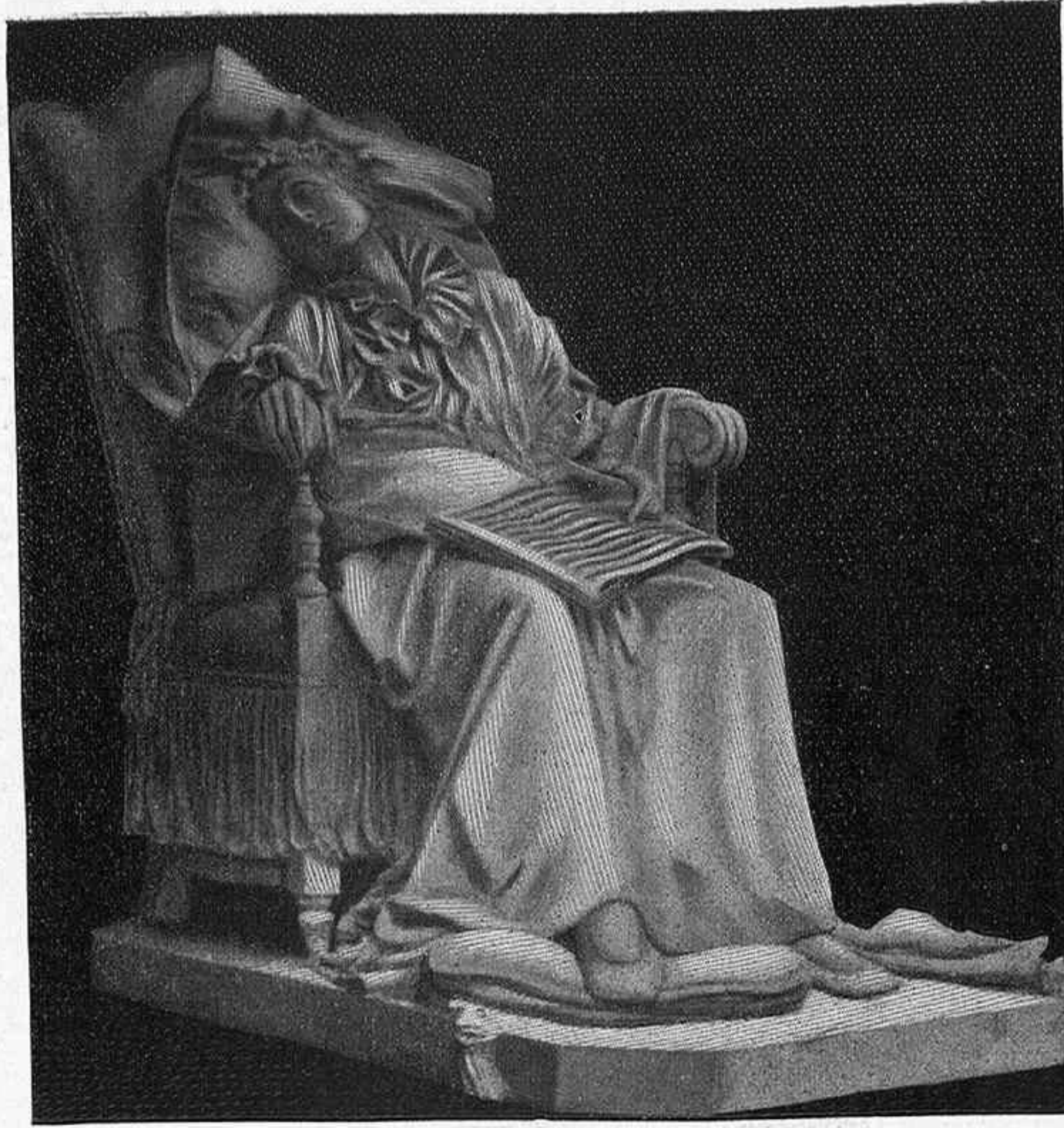
posar, Constanza Weber, hermana de Eloísa; dió lecciones y conciertos y compuso óperas inmortales, y su vida fué la vida de lucha, de triunfos y de desengaños de todos los músicos. He aquí los hechos salientes de esta última etapa de su existencia:

En Viena trabajó para ganar su sustento y el de su esposa, Constanza Weber, hermana de Eloísa; dió lecciones y conciertos y compuso óperas inmortales, y su vida fué la vida de lucha, de triunfos y de desengaños de todos los músicos. He aquí los hechos salientes de esta última etapa de su existencia:

la amistad de Swieten, que fué para Mozart el amigo más precioso y el protector más ilustrado; la amistad de Haydn, que dijo de él: «Es el genio más grande de todos los tiempos»; la amistad de Paisiello; la representación delirante y triunfal de *Las bodas de Figaro*, en Praga, después del buen éxito de Viena; el afortunado capusamiento de su hermana Mariana, que vivió hasta 1829; la muerte del anciano Leopoldo; la representación en Praga de *Don Juan*, aún más triunfal que la de *Las bodas de Figaro*; el regreso de Mozart a Viena, en donde sucedió a Gluck en el puesto de compositor de cámara imperial; el fracaso de *Don Juan* en Viena; el viaje a Alemania, en donde dió una serie de conciertos; algunos meses de suma miseria; el desdén de Viena para su gran compatriota, desdén que se modificó algo con el éxito de *La flauta mágica*, éxito que llegó demasiado tarde. Mozart, extenuado, vencido, moría en 5 de diciembre de 1791, teniendo aún entre sus manos la partitura de su *Requiem* inmortal.

La obra de Mozart es una eterna sonrisa, un manantial abundante y puro; para caracterizar su genio hay que recurrir siempre á las fuentes murmuradoras y límpidas. Cuando escuchamos al Wálter de *Los maestros cantores*, en quien Wagner ha resumido su teoría del arte sencillo, salido de la naturaleza y cuya inspiración brota por entero del corazón y de las armonías esparcidas en los bosques y en las llanuras; cuando leemos la leyenda de Wálter de la Vogelweide, que hizo abrir en la piedra de su tumba un pequeño cubo para que á él fuesen á beber los pájaros del cielo, pensamos siempre en Mozart. ¿Acaso Wagner no pensó en el arte de Mozart al pintar la frescura inocente de Eva y de su amante?

Mozart, al morir, no contaba aún treinta y seis años. Gracias al caballero de Koechel, te-



MOZART MORIBUNDO, célebre escultura de Camille

nemos un catálogo completo de sus obras, que se formó teniendo á la vista los mismos originales comprados por el consejero Andrés de Offenbach á la viuda del maestro por mil ducados y hoy existentes en su mayor parte en la Biblioteca de Berlín.

Según Koechel, que cuenta hasta las obras perdidas, incompletas ó dudosas, la obra de Mozart se descompone en la siguiente forma:

Veinte obras dramáticas, entre ellas *El rapto en el serrallo*, *La flauta mágica*, *Las bodas de Figaro* y *Don Juan*.

Dos oratorios.
Un himno funerario.
Tres cantatas, y además la reinstumentación de algunos oratorios de Haendel.

Seenta y seis piezas con acompañamiento de orquesta.

Veintitrés cánones y algunos liéders.
Cuarenta y ocho piezas religiosas.

Veinte misas, entre ellas ese *Requiem* que todavía hoy pretenden algunos disputarle, pero que lleva su sello característico, aparte de las pruebas materiales de que es realmente suyo.

Veintidós sonatas y fantasías.
Diez y siete sonatas para órgano.
Diez y seis variaciones para clarín y piano.

Veintitrés piecitas.
Once sonatas á cuatro manos.

Cincuenta y seis piezas para piano é instrumentos de cuerda.

Veinticinco piezas para instrumentos de cuerda solos.
Cuatro para instrumentos diversos.

Ciento noventa y dos danzas.
Un baile, descubierto hace sólo cuarenta años en París por Víctor Wilder.

Seenta y tres piezas de música instrumental, como marchas, serenatas, etc.

Cuarenta y nueve sinfonías.
Es decir, un total de 779 obras, que llevan todas impresa la marca inolvidable de su genio. — A. M.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. 84 St-Denis, 16

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

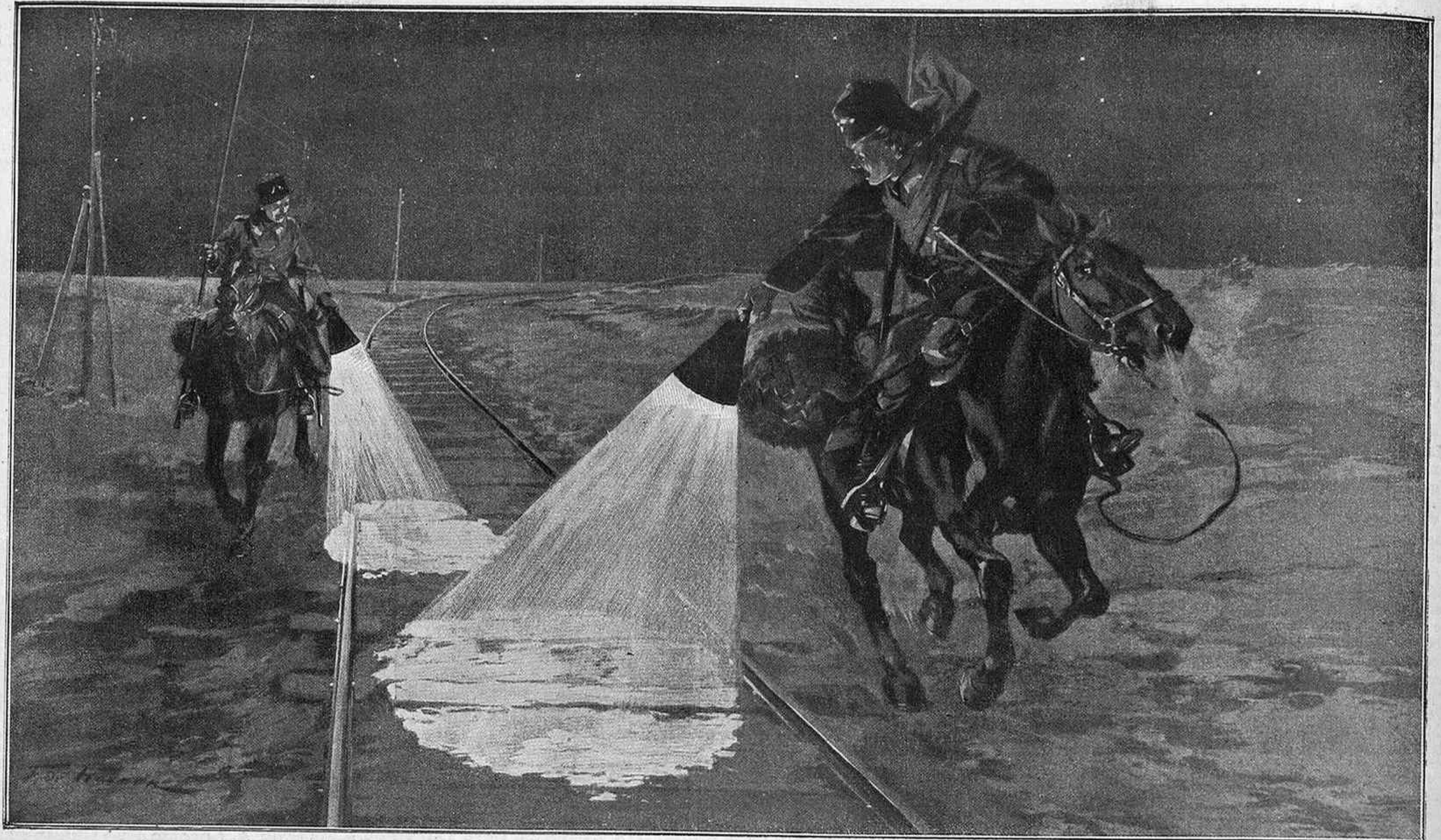
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES—PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA MARCA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE



GUERRA KUSO-JAPONESA. - UNA PATRULLA NOCTURNA EN EL FERROCARRIL TRANSMANDCHURIANO, dibujo de F. de Haenen

Grandísima importancia tiene para los rusos mantener expedita la línea del ferrocarril transmandchuriano que establece la comunicación directa con Puerto Artur. Por esto la vigilancia de la vía es extraordinaria, sobre todo en los territorios cercanos al teatro de la guerra, á cual fin la recorren patrullas de cosacos que de noche llevan unos potentes reflectores eléctricos, alimentados por acumuladores portátiles, que les permiten descubrir fácilmente cualquier obstáculo que se haya puesto en la vía para producir un descarrilamiento.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!
Tratado curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA LA GOTA
el Reumatismo, el Artrismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
F^{ca} PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

ENFERMEDADES DE ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU
El mejor y más económico Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APÍOL DE LOS D^{RES}
JORET-HONGLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS, Y DROGUERIAS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los S^{res}. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN